



HARLEQUIN

Deseo™

\$4.50 U.S.



Volveré a seducirte

Catherine Mann



HARLEQUIN *Deseo*™



*Volveré a seducirte*

Catherine Mann

# CATHERINE MANN

**Volveré a seducirte** (2009)

**Serie:** Los hermanos Landis

**Título original:** His expectant ex (2008)

**Editorial:** Harlequin Ibérica

**Sello / Colección:** Deseo 1648

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Sebastian Landis y Marianna Landis

## **ARGUMENTO:**

¿Embarazada?

Unos segundos después de firmar los papeles del divorcio, **Marianna Landis** se desmayó.

Atónito, su ahora ex marido, **Sebastian Landis**, descubrió que Marianna estaba embarazada. De dos meses, porque exactamente dos meses antes tuvo lugar su último y apasionado encuentro.

Sorprendido de que su mujer siguiera queriendo separarse, Sebastian juró hacer lo que hiciera falta para recuperarla. La seducción había funcionado una vez... y haría lo que fuese necesario para que funcionase de nuevo, porque Marianna estaba esperando un hijo suyo y un Landis siempre conservaba lo que era suyo.



### **SOBRE LA AUTORA:**

Ganadora del Premio RITA, **Catherine Mann**, reside en una soleada playa de Florida con su esposo militar y sus cuatro hijos. Aun después de nueve mudanzas en veinte años, ¡no ha regalado su ropa de invierno!

Catherine escribe suspenso lleno de acción militar para Berkley Publishing, suspenso romántico y emocional para Silhouette, y romances calientes para Silhouette Deseo. Con más de un millón de libros impresos en quince países, también ha sido 5 veces finalista del RITA, tres Premios Maggie a la Excelencia y ganadora del Bookseller's Best.

Es directora de teatro en su antigua escuela y profesora universitaria, tiene una maestría en teatro de la UNC-Greensboro y una licenciatura en Bellas Artes por la Universidad de Charleston.

Catherine disfruta de audiencia de los lectores en el chat y en su pizarra de anuncios. Gracias a las maravillas de la Internet inalámbrica que le permite conectarse con su portátil ¡en la playa!

## CAPÍTULO 01

*Islas Hilton Head, Carolina del Sur*

*Hace dos meses...*

Sebastián Landis había estado en los Juzgados más veces que el peor de los delincuentes.

Después de todo, era uno de los abogados criminalistas más prestigiosos de Carolina del Sur. Pero aquel día estaba sentado en el primer banco y otro abogado parecía tener control total sobre su vida.

Y no le gustaba nada.

Claro que divorciarse no estaba precisamente en la lista de cosas que le apetecía hacer. Pero quería terminar con todo el papeleo y que el juez lo diese por finalizado de una vez.

Estaba guardando los documentos en el maletín y apenas prestó atención mientras se despedía de su abogado y estrechaba la mano del de Marianna. Pero intentó apartar los ojos de su esposa, la única mujer que había podido hacerle perder los nervios... su famosa «calma bajo el fuego» en los ambientes judiciales.

Al menos habían completado la mayor parte del trabajo con sus abogados en aquel nublado día de verano y sólo quedaba pendiente la fecha de la vista con el juez. El acuerdo era justo para los dos, algo nada fácil dada la fortuna de su familia y el dinero que ganaba su mujer como decoradora. Ni siquiera habían tenido que discutir la disolución de sus bienes... probablemente la primera vez que no habían discutido por algo.

Lo peor de todo: decidir qué hacían con los perros. Ninguno de ellos quería perder a Buddy y a Holly y, por fin, decidieron que cada uno se llevaría uno de los terrier de padre desconocido que habían rescatado de un refugio.

¿Qué habrían hecho Marianna y él de haber tenido hijos?

Pero no quería pensar en ello. No iba a pensar en esa herida abierta en un día tan espantoso.

Pero no podía dejar de mirar a Marianna, a pesar de lo que le decía el sentido común.

Ella se levantó de la silla, tan guapa como era su costumbre. Siempre lo había sido. Con los ojos oscuros y el pelo largo más oscuro aún, era la fantasía exótica de cualquier hombre cuando se conocieron en un crucero de graduación por el Caribe.

Pero pensar en ese verano sólo serviría para distraerlo, se dijo.

Tomando su maletín, empezó a planear todo lo que podría hacer de vuelta en el bufete el resto de la tarde. Claro que también podría trabajar por la noche. Ahora que había vuelto a la finca familiar no tenía a nadie que lo esperase en casa.

Llegó a la puerta al mismo tiempo que Marianna y enseguida se sintió envuelto en su perfume, Chanel. Sí, él sabía mucho de la que pronto sería su ex mujer; por ejemplo qué perfumes le gustaban, lo que le gustaba comer por las mañanas, las etiquetas de su ropa interior. Lo sabía todo.

Salvo cómo hacerla feliz.

—Gracias, Sebastián —Marianna ni siquiera lo miró, la falda de su traje azul apenas rozándolo mientras pasaba a su lado.

¿Ya estaba? ¿Sólo un «gracias»?

Aparentemente, él seguía sintiendo algo por ella además de la atracción física porque eso lo molestó. No esperaba que lo celebrasen con champán, pero al menos deberían ser capaces de despedirse educadamente. Aunque la cortesía nunca había sido uno de los puntos fuertes de su extravagante esposa. Ella no era de las que escapaban de un momento potencialmente contencioso.

Entonces, ¿por qué se dirigía hacia el ascensor a toda velocidad, los tacones de sus zapatos repiqueteando sobre el suelo de mármol?

Dios, qué bien le quedaban los zapatos de tacón con esas piernas kilométricas. Marianna tenía pasión por los zapatos... aunque a Sebastián no le importaba nada que se los probase delante de él.

Desnuda.

Maldita fuera, ¿cuánto tiempo tardaría en olvidar su vida con Marianna? Aquel amable adiós era lo mejor. Necesitaba despedirse educadamente... necesitaba terminar con aquel matrimonio.

Punto.

Sebastián llegó al ascensor un segundo antes de que se cerraran las puertas, pero tuvo que sujetarlas con las dos manos. Marianna lo miró, sorprendida, y él pensó que le lanzaría alguno de sus habituales epítetos... o incluso el maletín de piel que llevaba en la mano.

Pero no. Se limitó a apartar la mirada.

El se colocó a su lado, los dos solos en el ascensor.

—¿Cómo está Buddy?

—Bien —contestó ella.

—Holly se comió ayer el mango de uno de los palos de golf de Matthew.

Su hermano se había empeñado en que jugasen dieciocho hoyos para relajarse un poco. Y

Sebastián había ganado. Siempre ganaba. Lo de relajarse era otra cosa.

—Afortunadamente, Matthew está de buen humor últimamente gracias a su prometida y a su floreciente carrera como senador. Así que Holly está a salvo de su ira por el momento.

Ella ni siquiera parecía estar escuchando. Qué raro, pensó. Porque aunque había dejado de quererlo a él, Sebastián sabía que seguía queriendo mucho a los perros.

Normalmente, a él no le gustaban las discusiones fuera de los juzgados, pero había visto suficientes divorcios como para saber que si no lograban mostrarse amistosos sólo estaría retrasando el golpe para más tarde.

—No esperarás que no volvamos a hablarnos en la vida. Además de tener que volver a vernos en la fecha prevista para finalizar el divorcio, Hilton Head es una comunidad relativamente pequeña. Vamos a encontrarnos, queramos o no.

Ella se mordió los labios y, sin querer, Sebastián imaginó esos mismos labios deslizándose sensualmente por su cuerpo... la imagen hizo que su frente se cubriera de sudor.

—Parece que deberíamos haber redactado unas reglas de comunicación en ese acuerdo. Pero...

a ver si lo entiendo: no vamos a decirnos nada más que hola y adiós. ¿Podemos saludarnos con la cabeza si nos encontramos por la playa paseando al perro? ¿O deberíamos delimitar las zonas por las que debe pasear cada uno?

Ella apretó el asa de su maletín, sin dejar de mirar los botones del ascensor.

—No intentes buscar pelea conmigo, Sebastián. Hoy no.

¿Buscar pelea? No era él quien buscaba pelea, era ella. Él era el más tranquilo de los dos, al menos por fuera. ¿Qué le pasaba a Marianna?

—¿Algo no ha ido como esperabas?

Ella rió, una risa baja, oscura, un triste eco de las desinhibidas carcajadas que solían escapar de su garganta.

—Todos pierden. ¿No es eso lo que siempre dices de los casos de divorcio?

Sí, en eso tenía razón.

Sebastián puso una mano al lado de su cabeza, en la pared del ascensor. Sabía que estaba acorralándola, pero sólo quedaba una planta para conseguir la respuesta que buscaba.

—¿Qué es lo que quieres?

Marianna levantó los ojos por fin. Y en esa mirada oscura vio lo último que esperaba ver, especialmente después de seis meses durmiendo separados. Esos ojos oscuros de Marianna brillaban con un incontenible...

Deseo.

Su matrimonio empezó y terminó en el asiento trasero de un



coche.

Marianna se había escapado con Sebastián Landis a los dieciocho años. Todavía no habían llegado al hotel cuando las hormonas los hicieron tomar una carretera vecinal para abrazarse y besarse con el frenesí del primer amor.

Ahora, nueve años después y a punto de formalizar el divorcio, las hormonas y las emociones de nuevo la cegaban.

Y todo por un brillo de pena en los ojos de Sebastián cuando estaban poniendo por escrito con qué perro se quedaría cada uno de ellos. Ese brillo de vulnerabilidad de su exageradamente estoico marido había hecho que le diese un vuelco el corazón.

Y la había excitado.

Marianna intentó salir de la sala a toda prisa para no hacer alguna idiotez, como por ejemplo lanzarse sobre su marido. Pero no tuvo suerte. A duras penas habían logrado salir del ascensor con la ropa puesta cuando, después de correr bajo la lluvia hacia su coche, Sebastián arrancó echando chispas del aparcamiento y se detuvo en la primera carretera secundaria que encontró.

Deseando aliviar el dolor que sentía entre las piernas, aunque no el de su corazón, Marianna le echó los brazos al cuello mientras él se colocaba encima. Las ventanillas tintadas ofrecían una intimidad adicional a su escondite. Había musgo español colgando de los árboles, como velos de novia, una imagen a la vez hermosa y triste.

La lluvia golpeaba el techo del lujoso deportivo y, sin dejar de besarse, cayeron en el asiento de atrás, aquel coche más amplio que el que Sebastián conducía cuando era un adolescente.

Y esta vez tampoco tenían que preocuparse por un embarazo inesperado.

Sebastián se quitó la corbata y la enredó en su cuello para tirar de el a. Derritiéndose, Marianna respiró su colonia de Armani, un aroma que le era tan familiar...

Con la avaricia de tomar todo lo que pudiera una última vez, ansiosa después de meses sin su cuerpo, exploró la boca de Sebastián con la lengua mientras acariciaba sus hombros, su espalda, el duro trasero bajo los pantalones.

—Marianna, si quieres parar, dilo ahora —murmuró Sebastián, el flequillo oscuro cayendo sobre su cara un testimonio de las emociones que intentaba controlar quien tenía fama de ser el abogado más implacable de Carolina del Sur.

—No hables, por favor.

Si hablaban empezarían a pelearse. Se pelearían sobre sus horas interminables en el bufete, sobre el carácter de el a, tan explosivo

como alguna de las casas que había decorado...

Y descubrirían, una vez más, que no tenían absolutamente nada en común salvo la atracción física y los preciosos hijos que habían perdido.

Un trueno retumbó en el cielo mientras Sebastián tomaba su cara entre las manos, sus ojos azul eléctrico lanzando destellos que podrían rivalizar con los relámpagos.

—Necesito oírtelo decir... dime que me deseas tanto como yo a ti —murmuró, con voz ronca.

—Yo sólo sé que necesito esto —Marianna no podía decir en voz alta que lo deseaba. No podía hacerlo después de tantas noches solitarias en el balcón de su casa, con el ruido de las olas, una copa de vino y sus lágrimas como única compañía.

Sebastián no dejaba de mirarla mientras acariciaba sus pechos.

—No me lo digas si no quieres, pero eso no evitará que yo te diga lo sexy que eres.

Marianna cerró los ojos cuando él inclinó la cabeza para besar la sensible curva de su cuello.

Sabía lo que le gustaba, lo que la hacía temblar. Lo sabía mejor que nadie.

—O cómo me enciendes con esos zapatos de tacón. Amarillos... ¿quién lleva zapatos amarillos?

—Sebastián metió la mano bajo la falda para acariciar sus muslos, subiéndolas luego para tocar el borde de las braguitas.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Son de color limón —dijo con voz ronca.

—Muy seductores.

Si el sexo y la cuenta en el banco fueran suficientes para estar juntos, seguramente podrían haber llegado a las bodas de oro. Ese pensamiento debería enfriar el placer que le daban sus dedos...

Pero no fue así.

Marianna desabrochó los botones de su camisa con gestos frenéticos, apartando la tela hasta que pudo tocar su piel. Aquel torso tan masculino, tan bien formado, hizo que olvidase el mundo que los esperaba fuera del coche. Besó, mordió y lamió mientras Sebastián enredaba los dedos en su pelo para deshacer el moño, dejando que su larga melena oscura cayera por su espalda.

Su móvil sonó entonces, una interrupción poco bienvenida, pero Sebastián tomó el aparato y lo lanzó al suelo con impaciencia.

Ya era hora de que hiciera eso.

Marianna se agarró a sus hombros, clavando las uñas en su carne mientras se erguía para apretarse contra él. Y luego sostuvo su cara

entre las manos, devorándolo con los ojos, hambrienta después de tantos meses sin él.

Sebastián apartó la chaqueta y acarició sus pechos por encima de la camisola de satén, haciendo un círculo con el dedo sobre la endurecida punta, enviando escalofríos por todo su cuerpo. Y cuando inclinó la cabeza para reemplazar la mano con la boca, Marianna no pudo controlar el deseo de restregarse sensualmente contra él.

—Ya es suficiente —los labios húmedos sobre el satén hacían que el placer fuera casi insoportable—. Quiero más.

Y, afortunadamente, Sebastián entendió la contradictoria orden porque se sentó, con Marianna colocada a horcajadas sobre él. Pero cuando iba a quitarse los zapatos, él se lo impidió.

—Déjatelos puestos —le ordenó—. De repente me gusta el color limón.

Ella empezó a quitarle el cinturón, tocando por encima de la tela el duro bulto de su deseo empujando contra la cremallera. Luego... sí, encontró el terciopelo de su erección y empezó a acariciarlo. Sin perder el tiempo, Sebastián metió la mano bajo su falda, tirando de la fina tira del tanga hacia arriba, el roce de la tela aumentando la excitación hasta que...

Se rompió.

Él apartó a un lado el insignificante pedazo de seda, que Marianna se había puesto para sentirse más como una mujer y menos como un fracaso en la relación más importante de su vida.

Sin pensar en ello, se colocó encima y Sebastián empujó hacia arriba. Rápido, fuerte, sin vacilaciones, con un ritmo entrenado durante nueve años. Una sincronía que sólo compartían en la cama.

Marianna tomó sus manos para colocarlas sobre sus pechos mientras él la penetraba con una urgencia tan poderosa como la tormenta. Movía las caderas en círculo, aprovechando cada sensación de aquel último y explosivo encuentro.

Una última vez juntos.

Un recuerdo más que guardar y con el que atormentarse mientras tomaba una copa de vino en la playa. Sola.

Si pudieran comunicarse tan bien fuera de la cama como en el a...

Incluso ese momento de pasión estaba cargado de tensión por el «después»; por la tristeza de que no hubiera nada más entre ellos.

Las sacudidas de placer se abrían paso en su interior, el deseo de terminar casi doloroso.

Sebastián enredó los dedos en su pelo, apretando los dientes de una manera que él a reconocía, conteniéndose hasta que le temblaron los brazos.

Sus gemidos se mezclaban con los de él, urgentes, rápidos, terminando en un grito que la satisfacía tanto como destruía otro trozo de su alma.

El placer se mezcló con el dolor en una amarga despedida, hasta que se dejó caer sobre el hombre que había sido su marido, sus cuerpos sacudidos por los espasmos.

En el interior del coche sólo podían oírse sus jadeos y el golpeteo de la lluvia sobre los cristales.

Marianna sabía que no tenían nada que decirse. Todo había terminado entre ellos. Sólo tendrían que volver a verse una vez más ante el juez, unas semanas más tarde.

Ni siquiera tenían que preocuparse por usar anticonceptivos. Su aborto nueve años antes la había dejado infértil. Aunque siguieron intentándolo... sin resultados.

Luego, brevemente, había vuelto la esperanza cuando, durante cuatro maravillosos meses, Marianna se convirtió en madre. La pequeña Sophie seguía en su memoria tanto como en su corazón. Sebastián y ella habían dejado a un lado sus problemas maritales para lanzarse de cabeza a la paternidad.

Pero entonces la madre biológica de Sophie cambió de opinión.

Marianna sintió ganas de llorar, por ella, por él, por su hija. Pero cuando una persona se había secado por dentro era difícil encontrar lágrimas. Seis meses antes le habían quitado a Sophie de los brazos, de su casa, de su vida.

Y su corazón estaba roto. Tan roto como su matrimonio con Sebastián Landis.

## CAPÍTULO 02

*Islas Hilton Head, Carolina del Sur*

*El presente.*

Marianna dio un respingo cuando el juez levantó la maza y... ¡zas!, de un golpe certificó todo lo que Sebastián y el a habían acordado con sus abogados en los papeles del divorcio.

En un solo día se había convertido en divorciada y madre soltera. Un niño. Marianna se agarró al borde de la sil a para no llevarse las manos al abdomen.

Después de tantos intentos fallidos de concebir, milagrosamente uno de los espermatozoides de Sebastián había logrado circunnavegar el tejido dañado para crear un niño. Lo había descubierto esa misma mañana; un segundo en el que todo en su vida había cambiado y del que no había podido aún recuperarse.

Un destello de esperanza despertó entonces, como la vida que estaba deseando sentir dentro de el a. Pero quizá esta vez...

Había considerado decírselo a Sebastián antes de entrar en el Juzgado, pero decidió no hacerlo.

Aquello no cambiaba nada. La decisión sobre la guardia y custodia sería otra cosa enteramente.

Además, el a quería estar completamente segura antes de decir nada. No pensaba fiarse de una simple prueba casera de embarazo tras nueve años de decepciones. Y después del infierno que tuvieron que pasar cuando perdieron a Sophie.

¿Y qué diría Sebastián?

Su marido estaba a unos metros de el a, cerrando el maletín con el ceño fruncido. Al menos algo normal en aquel día tan extraño.

Haciendo acopio de valor, Marianna se acercó a él.

—Quiero que busques una fecha para que nos veamos. Quizá la semana que viene.

Después de haber visitado al ginecólogo. No se había dado cuenta de las señales al principio porque tenía mucho trabajo. Además, pensó que el estrés del divorcio había cambiado su ciclo.

Incluso cuando tuvo dos faltas. Y habían pasado dos meses desde que estuvo con Sebastián en el asiento trasero de su coche.

—Podemos hablar ahora mismo —dijo él, abrochándose un botón de la chaqueta—. Vamos a terminar con esto de una vez.

—Hoy no puedo —suspiró Marianna. Porque tenía una cita con una caja de gal etas saladas y una superficie horizontal.

—¿Tienes algo más importante que hacer?

—Tú no eres el único que está casado con el móvil —replicó el a—. Quería decírtelo con antelación para que me hicieras un sitio en tu

siempre saturada agenda.

—Marianna...

Pero era cierto. Y muy triste.

—No, déjalo, no quiero discutir —suspiró el a—Este no es buen momento para discutir nada, por eso quiero que nos veamos la semana que viene. Si te parece, llamaré a tu secretaria para pedir cita.

Pero cuando se dio la vuelta tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer de pie y se agarró a una mesa para no perder el equilibrio.

Sebastián puso una mano en su espalda.

—Tranquila. Es lógico que estés disgustada...

—¿Disgustada? ¡Disgustada! —mirándolo por encima del hombro, Marianna contuvo una carcajada amarga—. Como siempre, te quedas corto.

El se sujetó el puente de la nariz con dos dedos antes de volver a mirarla.

—Muy bien. ¿Qué quieres? ¿Que nos digamos adiós civilizadamente?

Marianna reaccionó por instinto al calor del cuerpo de su marido, el olor de su colonia, el roce de su mano. ¿Cuánto tiempo tardaría su memoria sensorial en olvidarlo?

—Ya nos despedimos en tu coche —le espetó, irritada—. Y tus derechos conyugales terminaron oficialmente hace cinco minutos.

Aunque él tendría montones de oportunidades de pasarlo bien con las estudiantes de Derecho que entraban y salían de su bufete a todas horas. Marianna había visto su corte de admiradoras alguna noche, cuando fue a buscarlo.

—Muy bien, cálmate —suspiró él, poniendo una mano en la pared, su cuerpo creando una barricada entre ellos y la gente que los miraba sin disimular su interés—. Sé perfectamente que no habrá más desfiles de zapatos en el futuro.

Marianna miró sus Jimmy Choo plateados intentando no recordar. No quería hacer una escena.

Ya era bastante difícil soportar esas últimas horas sin tener que ver imágenes de lo que podía haber sido. Si pudiera aparecer en el despacho de Sebastián con una taza que dijera: «Los hombres de verdad cambian pañales» o alguna broma por el estilo para anunciar la buena noticia...

Claro que, si lo hiciera, seguramente él no estaría en el despacho.

«Respira», se dijo a sí misma.

—No quiero un adiós civilizado. Es que hay algunas cosas que... tenemos que hablar cuando esté más calmada. Pero nos veremos la semana que viene, en algún sitio neutral y público.

Entonces sonó el móvil de Sebastián. No contestó, pero...

—¿Lo has tenido encendido durante la vista? —suspiró Marianna —. No, definitivamente no deberíamos hablar hoy.

—Como tú quieras.

No era precisamente lo que el a quería, pero no había alternativa.

—Adiós, Sebastián.

Pero no era un adiós definitivo y lo sabía. A partir de aquel día ya nunca podrían romper del todo. Y tenía una semana para reunir valor y hacer planes.

Pasó por el vestíbulo del Juzgado sin darse cuenta de que la familia de Sebastián estaba allí, esperándolo. La clase de familia numerosa con la que el a había soñado siendo hija única de unos padres de mediana edad que la habían querido, sí, pero que ahora ya no estaban.

Marianna se llevó una mano al estómago, sus pulseras de plata tintineando, y rezó por la vida que llevaba dentro.

Entonces oyó pasos tras el a... Sebastián, claro. No iba a dejarla ir tan fácilmente. Qué extraño que, aunque nunca luchaba, ganaba siempre.

Él fue quien pulsó el botón del ascensor, inclinando a un lado la cabeza para estudiarla con su penetrante mirada. Y el a no quería subir a esa claustrofóbica caja para recordar su último viaje.

—Gracias, pero he decidido bajar por la escalera.

Se volvió entonces, pero lo hizo a tal velocidad que, de repente, se le doblaron las rodillas. Lo único que pudo ver mientras caía al suelo eran los mocasines de Sebastián, que el a misma le había regalado las Navidades anteriores.

—Deberíamos llamar a una ambulancia —dijo el padrastro de Sebastián por tercera vez, con la autoridad que uno esperaría de un general condecorado.

Sebastián estaba de acuerdo. Pero la doctora, que había ido al Juzgado para testificar en un juicio, parecía pensar que siete minutos y cuarenta segundos de pérdida de consciencia no eran nada importante. La doctora Cohen estaba sentada al borde del sofá, mirando su reloj mientras sujetaba la muñeca de Marianna.

Al verla caer al suelo la había tomado en brazos, asustado. Y después de tumbarla en un sofá le quitó los zapatos y la chaqueta mientras su madre se movía de un lado a otro, nerviosa, y el general buscaba ayuda.

Aunque le había pedido a su familia que no fuera al Juzgado, allí estaban. Y, por lo visto, había sido una suerte.

Dos de sus hermanos estaban en una esquina con su madre y el

general. Y él estaba de pie, esperando. Sebastián odiaba la inactividad, en parte la razón por la que le gustaba tanto su trabajo.

Le gustaba tener siempre algo que hacer; quizá era una manera de controlarlo todo.

¿Por qué no abría Marianna los ojos? ¿Y cuántas veces iba a tomarle el pulso la doctora Cohen?

Se iba a encontrar con una demanda si su ex mujer no despertaba en diez segundos.

Sebastián se inclinó sobre el sofá para tocar la otra mano de Marianna, demasiado fría en su opinión.

—Voy a llevarla al hospital ahora mismo. Si despierta en el camino, genial. Y si no... en cualquier caso la atenderán antes.

La doctora se levantó, quitándose las gafas de montura dorada sujetas al cuello por una cadenita.

—Como marido de la señora, ésa es su decisión.

¿Marido? ¿No era eso restregar sal sobre la herida? Pero no pensaba darle explicaciones y perder así la poca autoridad que tenía sobre la salud de Marianna en ese momento. Sin embargo, Sebastián miró por encima del hombro como para advertirle a su familia que no dijese nada.

Un gemido hizo que todos se volviesen hacia el sofá. Marianna estaba abriendo los ojos.

—¿Marianna? —murmuró Sebastián, apretando su mano—. Vamos, despierta. Nos has dado un buen susto.

—¿Sebastián? —murmuró el a, intentando incorporarse—. ¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste en el pasillo. ¿No te acuerdas?

Si había algún día digno de ser olvidado para siempre, era aquél.

—Ah, el Juzgado. Tus zapatos de Salvatore Ferragamo...

—¿Qué?

Sebastián no sabía qué tenían que ver sus zapatos con aquello, pero al menos Marianna recordaba dónde estaba.

Su madre lo apartó a un lado para ponerle un pañuelo mojado sobre la frente.

—No te incorpores, cielo. Quédate tumbada un ratito.

—Gracias, Ginger—Marianna aceptó el pañuelo con una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Sebastián.

Ella apartó la mirada, aparentemente muy interesada en las cortinas.

—Se me olvidó tomar el desayuno. No sé... a lo mejor ha sido una bajada de azúcar.

—¿Y la comida? —Sebastián señaló el reloj de la pared—. Son las



tres de la tarde.

—¿Ya son las tres? —Marianna apartó el pañuelo de su frente y lo pasó por su cuello—. No lo sé... estaba nerviosa y no podía comer nada.

Si no podía comer, debía ocurrirle algo serio. Marianna nunca se saltaba las comidas, una de las cosas que más le gustaban de el a. Viéndola saborear ostras los había hecho acabar en la cama más de una vez...

—¿Has estado enferma?

Ella bajó los pies del sofá.

—Gracias por preocuparte, pero ahora que estamos divorciados soy responsable de mí misma.

La doctora Cohen levantó las cejas.

—¿Están divorciados?

Marianna asintió con la cabeza, mirando el reloj.

—Desde hace media hora.

La doctora volvió a ponerse las gafas para mirar a Sebastián.

—Tomando eso en consideración, junto a una bajada repentina de azúcar, es lógico que se haya desmayado —anunció, dándole un golpecito en la muñeca—. Y yo pensando que estaba usted embarazada. Es que ésa es mi especialidad.

Marianna apartó la mirada como había hecho innumerables veces durante esos nueve años cuando alguien mencionaba un embarazo. Pero Sebastián se colocó entre el a y la doctora Cohen, territorial, protector.

«Territorial, protector». Intentar olvidar esos apelativos para un hombre que ya no era su marido, y el deseo que iba con ellos, no sería tarea fácil.

—Pero sea o no un embarazo, descubriremos la razón para el desmayo —estaba diciendo la doctora.

Ella suspiró. ¿Cuántas veces había cambiado de conversación tras la inevitable letanía de consejos y comentarios?

«¿Cuándo vas a hacerme abuela?

¿No es hora de que tengáis familia?

Marianna y tú tratáis a esos perros como si fueran vuestros hijos.

Claro que no todo el mundo quiere tener niños».

—Hay muchas razones para un desmayo además de no haber comido. Pero si el problema persiste, le recomiendo que acuda al médico —dijo, colocándose el bolso al hombro—. Y ahora, si me perdonan, creo que ha llegado mi turno de subir al estrado.

El general la escoltó hasta la puerta mientras Ginger se acercaba al sofá.

—Me alegro mucho de que estés bien, pero si necesitas algo no dudes en llamarnos.

Como que la orgullosa Marianna se mostraría necesitada alguna vez, pensó Sebastián, irónico.

Seguía sorprendiéndolo que quisiera verlo la semana siguiente.

Después de despedirse su familia salió de la sala, dejándola solo con Marianna por primera vez desde que se arrancaron la ropa en el asiento trasero del coche dos meses antes.

Y el silencio pesaba mucho.

Sebastián se apoyó en una mesa y cruzó los brazos para no tocarla.

—No creo que debas conducir.

Ella se puso los zapatos, llamando su atención hacia esas fabulosas piernas...

—Y yo no creo que sea sensato que tú y yo estemos juntos en un coche.

—Sigo siendo irresistible, ¿eh? —Sebastián no pudo evitar la broma.

—No seas imbécil —replicó el a—. Sólo quiero echarme un rato.

Y él debería pensar en su salud, no en esas preciosas piernas que se enredaban tan bien en su cintura.

—Deberías ir al médico... o al hospital.

—Tengo que ir al médico a finales de semana.

Su instinto legal le dijo que allí había algo interesante.

—Si te encuentras tan mal, ¿por qué esperar hasta finales de semana?

Marianna apartó la mirada entonces.

Pero él se había pasado los tres últimos años interrogando a testigos y sabía cuándo una persona estaba escondiendo algo. Y sabía sin la menor duda que Marianna tenía un secreto escondido bajo esa preciosa cabeza suya.

Y pensaba descubrir ese secreto antes de salir de la habitación.

### CAPÍTULO 03

—Dime, Marianna. ¿Por qué esperar cuatro días para ver al médico si no puedes comer y te vas desmayando por las esquinas?

Marianna miró a su ex marido y experimentó un lazo con las mariposas a las que pinchaban con un alfiler. De alguna forma, Sebastián sabía que tenía un secreto y no pensaba dejarla ir hasta que la hubiera sonsacado.

¿Los abogados recibían un detector de mentiras cuando les daban el título? Tenía dos pociones, la primera no contestar y esperar el veredicto del médico el viernes. Si no estaba embarazada, no tendría que decirle nada.

Salvo que sabía en su corazón que, contra toda posibilidad, llevaba un niño dentro. Lo cual la llevaba a la siguiente opción: decirle la verdad ahora porque, si no lo hacía, Sebastián se cabrearía mucho cuando lo supiera.

Y con razón.

—Sobre ese día hace dos meses, en tu coche...

—Me acuerdo —dijo él, con los ojos brillantes.

Claro que se acordaba, pero la admisión le recordó la pasión de su último adiós. Casi podía oler la lluvia y el sexo en el aire...

—No usamos nada.

Sebastián frunció el ceño.

—Pues claro que no. Tú no tomas nada y yo no tengo por costumbre llevar preservativos en el bolsillo porque... no los necesitamos.

Luego sacudió la cabeza, volvió a mirarla y sacudió la cabeza de nuevo, incrédulo.

—¿Estás embarazada?

Ella asintió, encogiéndose de hombros, incapaz de pronunciar esas palabras después de haber tenido que acostumbrarse a la idea de que nunca tendría esa oportunidad.

El se dejó caer sobre un sillón, su rostro absolutamente inexpresivo, aunque un poco pálido.

—Estás embarazada.

—Creo que estoy de dos meses.

Sebastián se pasó una mano por la cara.

—Ya me imaginaba lo de los dos meses.

—Gracias por no preguntar de quién es el niño.

No hubiera podido soportar esa acusación en un día en el que sus emociones estaban desnudas.

—Parece que no soy tan imbécil como crees.

—No, pero solías cuestionar mi horario de trabajo.

Le había preguntado sobre las horas que pasaba con su jefe más de una vez. Sí, Ross Ward tenía reputación de mujeriego, pero Sebastián debería saber que podía confiar en él. Le habían dolido mucho sus infundadas sospechas. El juraba que podía leer la verdad en los ojos de la gente, pero con Marianna, por lo visto, no era así.

—¿Estás intentando buscar pelea sacando el tema de Ross Ward?

—No, claro que no. ¿Para qué? Con una prueba de ADN sería fácil demostrar quién es el padre.

Sebastián se levantó y empezó a pasear, apoyando luego las manos en la ventana. Sus anchos hombros parecían querer salirse de la chaqueta.

—Vamos a tener un hijo.

También a Marianna le parecía irreal.

—Si todo va bien...

Él se volvió a toda velocidad.

—¿Por qué? ¿Te ocurre algo?

—No lo creo, pero me he hecho la prueba de embarazo esta mañana, así que...

—¿Estás de dos meses y lo has descubierto hoy? ¿Ni siquiera has ido al ginecólogo?

Marianna tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse y darle un empujón. Si lo hacía, seguramente acabaría desmayándose de todas formas.

—No me levantes la voz.

—Ah, qué raro —dijo Sebastián, irónico—. Normalmente eres tú la que grita.

—Siéntate y escúchame, por favor—suspiró él. Luego esperó hasta que se sentó a su lado, el roce de su pierna demasiado tentador — Sé que suena raro, pero al principio no podía creer que estuviera embarazada.

—¿Era de eso de lo que querías hablar conmigo la semana que viene?

—Cuando el ginecólogo lo hubiera confirmado.

Esperó mientras él procesaba esa información. Aquello no iba tan mal como había temido.

Quizá a pesar de los insultos que se habían lanzado el uno al otro durante los últimos años, podían ser civilizados cuando se trataba del niño.

Sebastián puso un brazo en el respaldo del sofá, casi tocando su hombro.

—Sigo sin entender una cosa.

—¿Qué?

—Si te has hecho una prueba de embarazo esta mañana, ¿por qué no me lo has dicho antes de que el divorcio estuviera finalizado?

Y el a esperando que no hubiera una discusión...

Debería haber imaginado que Sebastián no iba a dejarlo pasar. Y quizá su tenacidad era precisamente la razón por la que no se lo había dicho. ¿Y si intentaba detener el procedimiento?

Ya había sufrido suficiente por aquel hombre y no habría podido soportar que quisiera seguir casado con el a sólo por el niño.

—Esto no cambia nada.

—¿Cómo que no?

Marianna se levantó, nerviosa.

—Me pondré en contacto contigo después de ir al ginecólogo —suspiró, tomando su maletín—.

Tenemos siete meses para determinar la custodia y la pensión alimenticia.

En un segundo, Sebastián estaba a su lado.

—No estoy hablando de eso. ¿De verdad crees que habría seguido adelante con el divorcio si me hubieras dicho lo del niño? ¿O querías que fuera un secreto? ¿Querías apartarme de tu vida lo antes posible?

—Eso no es justo —replicó Marianna. Aunque había una parte de verdad en lo que estaba diciendo, sabía que aquello era lo mejor para los dos— Estábamos a punto de separarnos cuando nos enteramos de que había una niña en adopción. Seguimos juntos por Sophie y no sirvió de nada. Al contrario, nos alejamos aún más después de que nos la quitaran. Y yo no puedo... no puedo pasar por eso otra vez.

—No... —Sebastián tragó saliva—. No utilices a Sophie para desviar la conversación.

Ocho meses antes, cuando les quitaron a Sophie, Marianna hubiera dado lo que fuera por tener el consuelo de su marido. Pero se había encerrado en sí mismo, la había dejado fuera; básicamente la había dejado sola, lidiando con el momento más duro de su vida.

Marianna había aprendido a arreglárselas sola desde entonces y no estaba dispuesta a sacrificar el terreno ganado.

—Ah, claro, no podemos hablar de Sophie —se le rompió la voz, pero siguió adelante de todas formas—. Tenemos que fingir que la niña a la que los dos quisimos tanto durante cuatro meses no ha existido nunca.

—Pelearnos por el pasado no cambia el presente —de nuevo, Sebastián se negaba a mencionar el nombre de Sophie.

Marianna se mordió los labios, respirando profundamente para no llorar. ¿El pozo de lágrimas no tenía fondo después de todo?

—Muy bien, tú ganas. No me apetece discutir.

—Sí, tienes razón. No debemos discutir en este momento. Y, de todas formas, tenemos que hablar de un tema más urgente.

—¿Qué tema?

—Vamos a buscar a la doctora Cohen —dijo Sebastián, tomándola del brazo.

Marianna iba a decir que tenía su propio médico cuando recordó algo que él había dicho antes... que no llevaba preservativos en el bolsillo porque ellos no los necesitaban. Lo cual la llevó a la siguiente conclusión: no los llevaba porque, aunque estaban divorciándose, no estaba saliendo con ninguna otra mujer.

—Ahí está tu hijo —la doctora Cohen señaló la pantalla del aparato—. Y tiene un buen latido, así que está muy sano.

Sebastián no podía apartar los ojos de aquel a cosita que parecía una judía. Su hijo. Jamás hubiera podido predecir cómo acabaría aquel día. Como máximo, había esperado que sus hermanos lo emborrachasen para darle la bienvenida a su nueva vida de soltero.

Ni en sus mejores sueños hubiera podido imaginar que iba a tener que perseguir a una ginecóloga por los pasillos del Juzgado para pedirle que aceptase a una paciente sorpresa. Ni en sus mejores sueños podría haber imaginado que ahora, cuando ya no podía tocarla, su mujer iba a quedar embarazada.

La doctora Cohen tecleó algo en su ordenador y la imagen de la pantalla quedó congelada.

—Y eso es todo por hoy —dijo, sonriendo—. Cuando te hayas vestido pasa por mi consulta.

Marianna apretó la sábana de papel que cubría la camilla.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Nada que yo haya visto —contestó la ginecóloga quitándose las gafas—. Pero si decides seguir conmigo, tendré que darte una cita para tu próxima visita.

Luego alargó la mano para sacar dos fotografías en blanco y negro que habían salido de la impresora.

—Una fotografía del niño para cada uno. Enhorabuena, papá y mamá.

Manantía apretó la mano de la doctora Cohen.

—Gracias por su ayuda.

—Imagino que éste ha sido un día difícil para los dos. Me alegro de haber podido hacer algo.

Cuando la doctora salió de la sala, Marianna se cubrió con la sábana.

—¿Te importa esperar fuera, Sebastián? Tengo que vestirme.

Él apartó los ojos de la fotografía. La sábana la cubría por

completo pero, ahora que lo había mencionado, no podía dejar de pensar en su cuerpo desnudo bajo aquel a delgada barrera.

Sus pechos parecían más grandes... ¿sería por el embarazo? Sebastián sintió el deseo de tocarlos. Daba igual el tiempo que estuvieran separados, nunca olvidaría el cuerpo de su mujer.

Había sido su amante desde que tenían dieciocho años y se había convertido en su mujer cuando descubrió que estaba embarazada. Interesante cómo la vida se repetía.

—Sebastián... —repitió el a, su tono indignado devolviéndolo a la realidad.

—Relájate, ya te he visto desnuda muchas veces. Y sin duda voy a volver a verte desnuda la próxima vez que vengamos. Y luego está el parto...

—Puede que tengas derecho sobre el niño, pero ya no estamos casados —lo interrumpió el a, apartándose el pelo de la cara—. Y eso significa que nada de desfiles después de ir a comprar zapatos.

—Una pena —suspiró Sebastián, tomando los zapatos plateados del suelo para ponerlos sobre la camilla—. Éstos son particularmente bonitos.

Marianna abrió la boca para decir algo, pero él levantó las manos en señal de paz.

—Me voy, me voy —le dijo—. Te espero en la consulta.

Sabía que las cosas no iban a ser como antes, pero lamentaba que lo echase de su vida tan rápidamente. Aunque no pensaba dejar que Marianna lo alejase de la vida de su hijo. No la había dejado sola a los dieciocho años y no pensaba hacerlo a los veintisiete.

Aún no lo sabía, pero el suyo iba a ser el divorcio más corto de la historia.

Marianna no había esperado terminar el día en el coche Sebastián y no le gustaba nada estar allí. De nuevo, su ex marido estaba haciéndose cargo de su vida: la ginecóloga, el bocadillo a medio comer en su mano...

Y, mientras estaban en la consulta, había llamado a su hermano pequeño, Jonah, para que fuera a buscar su coche al Juzgado porque, según él, podría volver a marearse.

Una tontería, claro. Las mujeres embarazadas conducían prácticamente hasta que daban a luz.

Aunque debía admitir que aquel día no era como cualquier otro.

Y esperaba que, al despertar por la mañana, pudiese disfrutar mirando la fotografía de su hijo.

El hijo de Sebastián.

Marianna estudió el perfil de su ex marido mientras pasaban frente

al club de golf que había cerca de su casa, un edificio colonial de dos pisos que había sido su sueño, con palmeras flanqueando la cal e y un mar de hierba casi hasta la playa.

La fortuna de la familia Landis y la herencia que le dejaron sus padres a el a habían facilitado mucho sus primeros años de matrimonio. Los dos estaban aún en la universidad, pero empezaron a trabajar en cuanto terminaron la carrera. Quizá, de haber tenido dificultades económicas, se habrían separado antes.

Pero no quería pensar en eso. Tenía que hacer planes...

Planes. Por primera vez desde que despertó aquel a mañana, y tuvo que ir corriendo al baño .1

vomitara, se sentía feliz.

—Vamos a tener un niño —murmuró, incrédula.

—Eso parece.

—Necesito algún tiempo para creerlo. Y luego tendremos que empezar a tomar decisiones —

Marianna tragó saliva.

—Mañana a primera hora le diré a mi administrador que deposite dinero en tu cuenta corriente para que puedas despedirte de tu trabajo.

—¿Cómo has dicho?

—Ya sufriste un aborto —suspiró él, mientras pisaba el freno para detenerse en una señal de Stop—. Tienes que tomarte las cosas con calma.

Que se tomase las cosas con calma, claro. Y que intentase no pensar en los celos que había tenido de su jefe en el pasado. Afortunadamente, sólo quedaban unos metros para poder escapar.

—Eso lo decidirá el médico, no tú. Perdí el primer niño porque era un embarazo ectópico, pero sabemos por la ecografía que este niño viene bien.

—Yo tengo suficiente dinero... más que suficiente para que no sigas trabajando. ¿Por qué vas a arriesgarte?

Marianna recordó aquel terrible aborto. Sebastián y el a habían ido de luna de miel a las montañas, esperando cimentar su relación.

En lugar de eso, cuatro días después empezaron los dolores y la hemorragia. Y luego tuvo que soportar el interminable viaje hasta el hospital. El médico le había dicho que, si hubiera llegado una hora después, podría haber muerto.

Ella sabía perfectamente que las cosas podían ir mal.

—Esa es la razón por la que quería esperar hasta la semana que viene para hablar contigo —

suspiró, tomando el maletín.



—Siete días para preparar tus argumentos.

—Siete días para levantar mis defensas y no dejar que me manipules.

—Vamos a dejarlo —Sebastián la miró un momento antes de volver a mirar la carretera—. No quiero que discutamos.

—Acepto eso como una disculpa.

El no dijo nada, por supuesto. Nunca se disculpaba. Después de discutir le hacía regalos extravagantes, pero nunca decía las palabras mágicas: lo siento.

Mientras aparcaba frente a la casa de ladrillo con columnas blancas, Marianna tuvo que parpadear para controlar las lágrimas. Y, sin decir nada, Sebastián se inclinó para abrazarla.

—Sólo son las hormonas, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —dijo él, apretando su hombro antes de salir del coche.

Marianna cerró la puerta con la cadera, distraída tomando el bolso y el maletín, pero al darse la vuelta chocó con Sebastián. Y la simpatía había desaparecido de su rostro mientras miraba hacia el porche, donde su jefe, Ross Ward, esperaba sentado en una mecedora.

## CAPÍTULO 04

Sebastián tuvo que hacer un esfuerzo para no subir los escalones de un salto, tomar a Ross Ward por las solapas del traje de chaqueta italiano y echarlo de allí a patadas.

Aquel canal a, por lo visto, no quería perder el tiempo ahora que Marianna era una mujer libre.

Pues iba a llevarse una sorpresa.

Pero no inmediatamente. Marianna lo había pasado muy mal ese día, de modo que se contuvo.

Un divorcio, un embarazo sorpresa y la decisión de volver a conquistar a su esposa también lo tenían a él nervioso.

Y, además, Ross Ward había sido objeto de muchas discusiones en el pasado.

—¿Qué está haciendo aquí?

—No tengo ni idea —Marianna se encogió de hombros mientras se dirigía al porche.

Ward se levantó de la mecedora, estirándose la chaqueta.

—¿Qué está haciendo él aquí?

Sebastián había hecho lo posible por ser civilizado con aquel hombre en el pasado. Al fin y al cabo, era el propietario de la empresa de decoración en la que trabajaba Marianna. Ward se había hecho un nombre como el decorador favorito de las estrellas del deporte mientras su mujer se encargaba de decorar mansiones más clásicas.

Al principio no le había prestado mucha atención, pero con el paso de los años empezó a pensar que Ward sentía algo por Marianna. Quizá porque, entre otras cosas, la hacía viajar justo cuando él tenía algún día libre.

Además, el instinto le había servido suficientes veces en los tribunales como para saber que no le fallaba con el jefe de su mujer.

Sebastián le pasó un brazo por el hombro mientras atravesaban el camino de piedra rodeado de macizos de flores.

—¿Por qué estoy aquí? Soy el marido de Marianna.

—Ex marido —Ward se apoyó en una de las columnas del porche con un aire de propiedad que hizo a Sebastián apretar los dientes—. Pensé que Marianna necesitaría animarse un poco después de la vista, así que he reservado mesa en un restaurante. Si nos vamos ahora mismo, todavía llegaremos a tiempo.

—¿Cenar? —repitió el a, confusa—. Gracias, pero...

Entonces oyeron ladridos en el interior de la casa. Buddy.

Marianna corrió a saludarlo y a Sebastián le dieron ganas de apartar al molesto Ward de un empujón y seguir con su vida normal: dar un paseo por la playa con Marianna, hablar del niño mientras los

perros jugaban en la orilla...

Aunque tenía una montaña de trabajo esperándolo porque había tenido que tomarse un día libre para solucionar el lío en que se había convertido su vida personal.

Sebastián se detuvo al lado de Ward, que medía al menos seis centímetros menos que él.

—Ya ha cenado.

Las cestas de helechos que colgaban del techo del porche se movían con la brisa mientras Ward miraba el bocado que Marianna llevaba en la mano con cara de desprecio.

—Ah, ya veo.

Cuando Marianna abrió la puerta Buddy se lanzó sobre el a, entusiasmado.

—Hola, precioso. ¿Me has echado de menos? Yo sí te he echado de menos... sí, te he echado mucho de menos.

Marianna adoraba a aquel perro y el perro la adoraba a el a.

Sebastián recordó entonces la imagen de una niña acariciando al perrillo... y maldita fuera, la visión fue como un puñetazo en el estómago.

Pero iba a ser padre otra vez.

La realidad del niño lo envolvió entonces por primera vez, en un día que había ido demasiado rápido como para que pudiera pensar. Su instinto de abogado le decía que tenía el caso más importante de su vida entre manos: reunir de nuevo a su familia. Perderla no era una opción.

De modo que miró a Ward con expresión amenazante.

—Será mejor que saques tu agenda de teléfonos y te pongas a buscar otra cita.

—Pero bueno... —Marianna se había vuelto hacia ellos, enfadada—. Estoy aquí, puedo hablar por mí misma.

—Pues claro que puedes —dijo Ward, pasándose una mano por la bien cuidada barba—. Ahora eres una mujer libre.

Inclinándose para acariciar a Buddy, Sebastián ni siquiera se molestó en esconder una sonrisa.

Los dos adoraban a los perros, pero ¿cómo sería mirar a su hijo por primera vez? Una conexión que no se rompería nunca...

Entonces miró a Ward, que estaba muy ocupado babeando sobre sus zapatos de Prada. ¿Qué pensaría aquel tipo del embarazo de Marianna?

—Ni se te ocurra —dijo el a entonces, clavando un dedo en su pecho.

—¿No debería saberlo tu jefe? —le preguntó Sebastián al oído,

mientras fingía estar muy interesado acariciando a Buddy.

—Se lo diré yo, cuando me parezca. Y deberías ser lo bastante inteligente como para no hacerme enfadar en este momento.

Sabía que Marianna no iba a robarle a su hijo, pero él lo quería todo: al niño y a el a. De modo que debía ser diplomático.

—¿Ha habido algún problema en la vista? —preguntó Ward.

—No, el divorcio es oficial —dijo el a—. Gracias por invitarme a cenar... pero la verdad es que estoy agotada. Otro día, Ross.

La preocupación por su salud se mezcló con el alivio cuando vio que Marianna rechazaba la invitación. Mientras lo acompañaba a su Jaguar, Sebastián recordó sus paseos por la playa de noche... memorables, pero no frecuentes últimamente.

Seguir con su trabajo mientras intentaba conquistarla de nuevo no sería fácil, pero a él siempre le habían gustado los retos. ¿Y quién necesitaba dormir?

Marianna estaba atravesando el camino de piedra que el a misma había diseñado. Le había preguntado su opinión, por supuesto, pero ese tipo de cosas se las dejaba a el a, que era la experta.

—Gracias por no decir nada. Aún no estoy preparada para contárselo a todo el mundo.

Necesito tiempo para acostumbrarme... además, quiero estar segura de que todo va bien.

—Lo entiendo.

Pensar que pudiera perder el niño otra vez, recordar el infierno que tuvo que pasar tantos años atrás, cuando estuvo a punto de morir de una hemorragia, hizo que se le encogiera el corazón. Y

se negaba a pensar en la niña que habían perdido unos meses antes. Ni siquiera podía pronunciar su nombre por el dolor que provocaban esas dos sílabas.

—¿Te importaría no contárselo a tu familia todavía?

—Yo creo que eso es algo que deberíamos hacer juntos. Pero lo haremos cuando tú digas.

—No puedo creer que estés siendo tan razonable. Pero la verdad es que eso significa mucho para mí.

—Que estés contenta es una prioridad en este momento.

Ella apartó la mirada.

—Sí, claro. El niño es lo primero.

—Tú me sigues importando —sonrió Sebastián.

Y lo decía en serio. La deseaba y quería estar con el a. Aunque no sabía muy bien si algún día se entenderían como pareja, tenían algunos recuerdos preciosos. Eso y el niño sería suficiente. Tenía que serlo.

—Es imposible que no me importes después de nueve años de matrimonio.

Sebastián vio que le temblaban los labios. Qué ironía que hiciera falta un divorcio para suavizar a Marianna, pensó. No pensaba desperdiciar esa ventaja, pero cuando iba a acariciar su cuello los faros de un coche iluminaron el porche.

—¡Marianna! —la llamó Ward—. No olvides que mañana tenemos que ver a Matthew y su prometida para discutir los detalles de su nueva casa.

Sebastián apartó la mano. No iba a poder evitar que Ross y Marianna fueran juntos a casa de su hermano, pero al menos sabía dónde iba a cenar él al día siguiente.

Al día siguiente, Marianna se dirigió a la finca de los Landis, tan grande que, además del edificio principal, tenían varias casitas de invitados. Sebastián ocupaba una de ellas desde que se separaron.

La casa principal era un edificio blanco de tres pisos, con enormes ventanales frente al mar.

Una larga escalera llevaba al porche, que daba la vuelta a todo el edificio y en el garaje había una flota de coches de lujo para toda la familia.

Marianna detuvo su Mercedes descapotable frente a un macizo de azaleas y dejó escapar un suspiro.

Aunque agotada después de una larga tarde discutiendo con una señora muy rica, pero de dudoso gusto en decoración, estaba deseando terminar el día allí. Le caían muy bien el hermano de Sebastián y su prometida. Les había preguntado muchas veces si querían consultar con otro decorador de la empresa, pero ellos habían insistido en que la querían a ella.

Mientras subía los escalones del porche, intentó recordarse a sí misma que no tenía por qué estar nerviosa. Ella era una mujer de veintisiete años con una prometedora carrera por delante.

Había decorado de todo, desde mansiones históricas a una extravagante cabaña sobre un árbol que salió en el *Architectural Digest*. Era consultora en un programa de decoración... además, la familia de Sebastián era encantadora. No iban a mostrarse antipáticos con ella sólo porque Sebastián y ella estuvieran divorciados.

O eso esperaba.

Pero cuando iba a empujar la puerta se detuvo. Ya no era parte de la familia, pensó. Sintiendo un pellizco en el corazón, llamó al timbre. Sólo esperaba no ponerse a llorar, como le ocurría últimamente tan a menudo.

La puerta se abrió y su ex suegra, una bella mujer de pelo rubio

ceniza, la recibió con un cariñoso abrazo. En vaqueros y con un jersey de manga corta nadie diría que Ginger era una de las senadoras más importantes del Estado.

Aunque había estado nueve años casada con Sebastián, Marianna seguía impresionada por la influencia y el dinero de la familia Landis. El padre de Sebastián había sido senador, un puesto que pasó a ocupar su mujer tras su prematura muerte. Y ahora que Ginger estaba en una lista de candidatos a Secretario de Estado, el hijo mayor estaba internando conseguir su asiento en el Senado.

Ginger recibió a Marianna en la puerta.

—Entra, cariño. Veo que te encuentras mejor, estás radiante.

¿Sería por el embarazo?

—Gracias, Ginger —su temblorosa voz pareció hacer eco en aquel a casa de techos altísimos.

Atravesaron un salón con dos sofás de terciopelo azul y varios sillones tapizados en color crema que le daban un aire cómodo pero informal. El toque de lujo lo daban las alfombras persas que cubrían el suelo.

—Vamos a tomar el postre en la terraza —le dijo la madre de Sebastián—. He guardado un plato para ti. Sé que el pastel de chocolate es tu favorito.

Aunque Marianna quería que aquél a fuese una reunión de trabajo, al oír las palabras «pastel de chocolate» no pudo contenerse. Seguramente sería su primer antojo.

—Muchas gracias.

Ginger la miró entonces.

—Aunque Sebastián y tú ya no estéis casados, yo te sigo queriendo.

Se lo había dicho muchas veces, pero oírlo en aquel momento, cuando el divorcio era firme, significaba mucho para el a; especialmente estando embarazada.

Incluso más porque la madre de Sebastián no sabía nada sobre el niño.

—Has sido mi nuera durante nueve años y eso no es algo que uno olvide tan fácilmente.

Oh, no, las hormonas otra vez haciendo de las suyas mientras miraba a Ginger con una nueva perspectiva: como la abuela de su hijo. ¿Por qué no podían celebrarlo? Sebastián y el a habían soñado con ese momento tantas veces...

Y lo habían experimentado el día que Sophie llegó a sus vidas.

Una lágrima escapó de sus ojos entonces.

—No sé qué decir... gracias, tú también eres muy especial para mí.

Ginger sacó un pañuelo de papel.

—Me alegra saberlo.

Mientras intentaba contener la emoción, Marianna se preparó para enfrentarse con el resto del grupo, esperando que fuesen tan amables como Ginger.

Siendo hija única, Marianna seguía sintiéndose un poco abrumada por la familia de Sebastián, pero aquel día no estaría todo el mundo; el segundo hijo, Kyle, estaba en las fuerzas aéreas y acababan de enviarlo a Afganistán.

—Nos alegra verte antes de irnos a Washington —Hank Renshaw, el padrastro de Sebastián, pasó un brazo por los hombros de su mujer.

El antiguo piloto de las fuerzas aéreas ahora servía en la Plana Mayor del ejército, de modo que Ginger y Hank dividían su tiempo entre Carolina del Sur y la capital de la nación.

El hermano mayor de Sebastián, Matthew, estaba sentado al lado de su prometida, Ashley. Y la pareja se miraba con tanto amor que Marianna tuvo que apretar el pañuelo que tenía en la mano.

—Hola, Marianna —el más joven de los Landis, Jonah, la saludó apartándose el flequillo de la cara.

Un ladrido llamó su atención entonces hacia la playa y cuando levantó la mirada vio a Holly...

corriendo con Sebastián.

¿Había salido temprano del bufete? Sorprendida, se permitió un segundo para observarlo jugando con la perra, su perra ahora. Incluso se había cambiado el traje por un pantalón corto y una camiseta.

Con el pelo alborotado por el viento estaba guapísimo, pensó.

¿Qué locura era ésa de sentirse más atraída por él ahora que antes del divorcio? ¿Sería porque ahora no lo podía tener?

¿O el resultado de su desorden hormonal?

Matthew Landis se levantó de la silla para saludarla.

—Gracias por venir. Espero que no te importe que miremos los planos aquí mismo.

—No, claro que no —sonrió Marianna.

Lo que quería era marcharse, pero ¿quién podía discutir teniendo enfrente aquel a vista de un millón de dólares? La vista de la playa, no la de Sebastián.

Marianna intentó concentrarse en el trabajo, haciendo lo posible por no mirar a su ex marido, que subía los escalones del porche.

—Me alegro de estar aquí. Ross vendrá enseguida y...

—Hola, preciosa.

Después de eso hubo un incómodo silencio. Afortunadamente, Holly llegó corriendo a su lado, ofreciéndole una alternativa.

—Hoy has salido temprano de trabajar, ¿no? —Marianna se inclinó

para acariciar a la perrita.

—Un hombre tiene que cenar.

Ella se contuvo para no recordarle cuántas veces había cenado en la oficina. ¿Estaría haciendo un esfuerzo por el niño?, se preguntó. De ser así, sólo el tiempo diría si podía seguir haciéndolo.

Marianna siguió acariciando a Holly y la perilla se tumbó de espaldas para recibir sus caricias, encantada. Pero él volvió a cuestionarse su decisión de separar a los perros. ¿Había sido egoísta?

¿Debería haber dejado que se quedaran los dos con Sebastián? Ella misma se los había regalado dos años antes, en Navidad.

Entonces notó el roce de unos dedos en el tobillo y levantó la cabeza, sorprendida. Sebastián, aprovechando que aún no había subido los escalones del porche, estaba pasando los dedos por su empeine; un sitio que, como él sabía muy bien, era una de sus zonas erógenas.

—Bonitos zapatos —murmuró, tocando la piel de color rojo cereza hasta que él apartó el pie.

No, no se los había puesto para él.

¿O sí?

Marianna lo fulminó con la mirada, pero la caricia la había puesto nerviosa. Más que eso... le gustaría que siguiera haciéndolo. Y, a juzgar por el brillo de sus ojos, Sebastián también lo sabía.

—Tócame otra vez y te tiro el zapato a la cara —le advirtió en voz baja.

—Siempre tan peleona —rió él, apartando el pelo de su cara.

—Eres mayorcito, puedes soportarlo —Marianna se apartó.

—¿Puedes soportarlo tú?

—¿Crees que es un problema?

—Dímelo tú. Mi coche está en la puerta.

Marianna apartó su mano.

—Deja de tontear.

—Perdona, ¿has dicho algo? —Sebastián sonrió—. Estaba muy ocupado admirando tus recién adquiridas curvas.

Ella levantó los ojos al cielo, sin saber si sentirse halagada o irritada por el comentario. Al menos estaba intentando, a su manera, hacerse el simpático, pensó.

Pero no sabía si podría soportarlo.

Ross Ward salió a la terraza en ese momento, con sus vaqueros de diseño y su chaqueta italiana.

Inmediatamente, Sebastián pasó un brazo sobre su hombro y, frustrada, Marianna tuvo que reconocer que le gustaba el calor de su mano. ¿No acababa de decirle que no la tocara?



Pero cuando miró a su ex descubrió que no estaba mirándola a el a. Estaba mirando a Ross fijamente.

Y el a pensando que podría pasar una tarde agradable con un Sebastián reformado. Pero no, su ex marido no había cambiado en absoluto.

Sebastián Landis estaba marcando su territorio.

## CAPÍTULO 05

Marianna no pensaba ablandarse y Sebastian lo sabía. Lo había visto en suficientes ocasiones como para reconocer las señales. Pero habiendo estado en esa situación tantas veces, sabía cómo salir de el a.

Su mujer tenía carácter, eso estaba claro, pero también tenía un corazón generoso. Aunque, en algún momento, él había dejado de preocuparse por hacer las paces y a el a había dejado de importarle que no lo intentase siquiera.

Esa noche, sin embargo, pensando en el niño, decidió que era hora de capitalizar su habilidad para hacer las paces con un paseo por la playa. Sólo tenía que convencerla para que fuese con él antes de que pudiera subir al Mercedes.

Marianna estaba molesta con él desde que llegó su jefe, aunque nadie más se habría dado cuenta. Sebastian había tenido que soportar una amable charla con Ross Ward mientras Matthew, Ashley y el a hacían planes para decorar su casa.

El estaba genuinamente interesado en ver feliz a su hermano, por supuesto, pero no sabía nada sobre decoración y se pasó la tarde intentando entender qué era lo que tenía Ward que lo sacaba de quicio. Nunca tocaba a Marianna de manera inapropiada y escuchaba atentamente sus opiniones...

Un año antes había intentado hablarle de sus sospechas y el a le contestó que estaba siendo paranoico. Yeso demostró, de nuevo, que su jefe era un tema que no podían discutir racionalmente.

Ahora, mientras Ward se alejaba en su Jaguar, Sebastian preparó su estrategia para hacer que se le pasara el enfado.

-¿Por qué no vamos a dar un paseo con Holly?

Su mujer siempre lo regañaba porque pasaba demasiado tiempo en la oficina, de modo que un paseo estaría bien.

Pero mantuvo las manos en los bolsillos del pantalón porque Marianna no sería receptiva a sus caricias en aquel momento. Con las estrellas brillando en el cielo y el océano frente a ellos creando un ambiente romántico, todo sería más fácil. O eso esperaba.

Marianna vaciló un momento, jugando con las llaves del coche, pero por fin aceptó la oferta.

—Un paseo suena bien. Debería empezar a hacer un poco de ejercicio y, además, hay algo de lo que quiero hablar contigo. Sí, ya lo imaginaba, pero intentaría hablar de otra cosa antes de que el a sacase el espinoso tema de Ross Ward.

Marianna caminaba a su lado, los tacones de sus zapatos hundiéndose en la hierba mientras se dirigían a la playa. Holly corría delante de ellos, la más juguetona de los dos perros. Él había insistido

en que Marianna se quedase con Buddy porque era más protector.

Pensar en Marianna sola en aquel a casa...

Sebastián intentó no sentirse frustrado cuando más necesitaba conservar la calma. Aunque no era fácil con aquel perfume que le llevaba la brisa. Ese perfume tan suyo, tan familiar para él.

Marianna se quitó los zapatos y corrió un poco para reunirse con la perrita al borde del agua, la brisa apretando la blusa contra sus pechos como a él le hubiera gustado...

Suspirando, tomó sus zapatos. La exuberancia de Marianna lo dejaba... como en trance.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que sintió eso? Dos años después de la boda había empezado a irritarlo que pudiera distraerse tan fácilmente y ya no le gustaba tanto su caprichoso carácter.

Ella se volvió entonces para mirarlo por encima del hombro, la brisa jugando con su pelo.

Era más fácil mirarla que hablar con el a. Cuando hablaban, él pretendía que no fuera tan sentimental mientras el a le exigía que dejara de usar su lógica de abogado. No podían ponerse de acuerdo.

Pero el pasado amenazaba con tragárselo en un momento en el que necesitaba concentrarse de verdad. Quizá debería quitarse los zapatos y...

—Muy bien. ¿Qué querías decirme?

—¿Es un crimen que charlemos un rato? —sonrió Sebastián.

—Estamos divorciados, no saliendo juntos.

—Tenemos que establecer un terreno común antes de que nazca el niño. La tensión no es buena para un recién nacido.

—Sí, estoy de acuerdo —asintió el a—. Pero no quiero que pienses que el niño es una varita mágica y que podemos volver a retomar la relación como si nada.

¿Tan transparentes eran sus planes? ¿Y qué había sido de su enfado por Ross Ward?

—¿Qué te hace pensar que quiero volver a casarme contigo si acabamos de divorciarnos?

Ella frunció el ceño.

—Sebastián, ¿te das cuenta de que ésta es la primera vez que expresas algún sentimiento sobre el divorcio?

—¿Qué clase de robot pasa por algo como eso sin sentirse afectado?

Marianna se quedó en silencio y ésa fue la respuesta. Él estaba a punto de explotar de deseo mientras el a, evidentemente, lo veía como una máquina sin emociones. Él podía no dedicarse a romper una

fortuna en vajillas y copas de cristal cuando estaba enfadado, pero tenía sentimientos.

Lo que no le gustaba era perder el tiempo dándole mil vueltas a todo.

—¿Por qué crees que tengo una alianza en el bolsillo?

—La primera vez que me quedé embarazada quisiste casarte conmigo porque era «lo que debías hacer». Y quiero que entiendas que esta vez es diferente.

—Entonces estábamos enamorados.

—¿Enamorados? —Marianna tropezó y Sebastián la sujetó del brazo—. No esperaba que entendieras tan bien la diferencia entre antes y ahora.

—¿Querías que luchase por ti?

Claro que eso era lo que estaba haciendo, aunque el a no lo supiera todavía.

—No, claro que no —Marianna se apartó el pelo de la cara—. Sólo pensé que con el niño... no sé qué pensé, la verdad. Pero no entiendo por qué sigues mostrándote celoso de Ross. Sólo es un amigo, pero aunque fuera algo más, estamos divorciados.

¿Un amigo? Sebastián no dudaba que el hombre quisiera ser mucho más que eso. ¿Qué querría Marianna?

—¿Piensas salir con él? Sólo lo pregunto por curiosidad.

—Pienso tener un hijo —contestó el a.

—Las mujeres embarazadas también salen con gente. Y estoy seguro de que tú vas a ser una de las mujeres embarazadas más guapas del planeta.

—Estás coqueteando otra vez.

—No, sólo estoy diciendo la verdad.

Y, por esa noche, seguramente no debería decir nada más. Era hora de dar un estratégico paso atrás para conseguir su objetivo: ponerle una alianza en el dedo antes de que se borrara la marca de la que había llevado.

Aún no la había comprado, claro; ni siquiera él era tan organizado, pero no pensaba esperar mucho.

—Sé que nuestro matrimonio ha terminado —mintió porque, después de todo, era abogado—. Pero espero que podamos volver a ser amigos. Por el niño, naturalmente.

Marianna se detuvo.

—¿No vas a volver a incordiar-me con lo de Ross?

En cualquier otro momento lo habría hecho, pero el objetivo ahora era congraciarse con el a.

—Haré lo que pueda para esconder mis tendencias cavernícolas.

Ella soltó una carcajada y Sebastián la miró, sorprendido. ¿Tan fácil era hacer que se le pasara un enfado? O no se había dado cuenta antes o el embarazo la había dulcificado.

Quería besarla, tumbarla sobre la arena y celebrar el embarazo a la antigua. Pero si lo intentaba, Marianna lo rechazaría. Así que, por el momento, aceptaría esos minutos con el a que le recordaban los buenos momentos del pasado.

Desgraciadamente, enseguida llegaron a la casa.

—No es así como esperaba que fueran las cosas tras el divorcio —dijo Marianna—. ¿Cuándo crees que empezaremos a pelearnos?

—Espero que nunca, pero no cuento con ello —bromeó Sebastián, tomando un palo del suelo para tirárselo a Holly.

—No cuentes con ello, no. Especialmente si vuelves a sugerir que deje de trabajar.

—Quedo advertido.

—De todas formas, gracias por sugerir el paseo. Ha sido una manera agradable de relajarse después del trabajo.

—Ojalá lo hubiéramos hecho más a menudo.

Y esta vez no estaba mintiendo.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Sí, en fin... tengo que irme.

—¿No me acompañas a la puerta?

—Lo dirás de broma.

—Si me dejas tirado aquí, me sentiré utilizado.

—Sebastián... —Marianna intentó enfadarse, pero no pudo disimular una sonrisa.

—Eso sí era un coqueteo —suspiró él, dándole sus zapatos.

—Y lo haces muy bien.

—Gracias.

Se habría ofrecido a acompañarla al coche, pero la finca era muy segura y tenía que hacer algo para olvidar que estaban tan cerca y no podía tocarla.

—Holly necesita correr un rato.

—Buenas noches, Sebastián —Marianna se inclinó para acariciar a la perrita, ofreciéndole una torturante panorámica del escote de su blusa.

Verla alejarse moviendo las caderas era otra tortura. Y tendría que correr al menos cuatro kilómetros si quería pegar ojo aquel a noche.

Suspirando, tomó otro palo del suelo para tirárselo a Holly.

—Vamos, chica, ¿te apetece correr un rato?

La perrita dio un salto, intentando tomar el palo en el aire, y Sebastián echó el brazo hacia atrás para lanzarlo...

Un grito rompió el silencio.

Era Marianna.

Marianna estaba saltando a la pata coja cuando Sebastián llegó a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Es el niño?

Ella se agarró a sus hombros, intentando resistir la tentación de apoyar la cara en su cuello.

—No es nada, es que me ha picado una medusa.

Sebastián la llevó en brazos hasta el borde de la piscina y metiendo su pie en el agua fresca durante unos segundos antes de sacarlo para examinar la picadura, volviéndolo de un lado y de otro para estudiar la marca roja en el tobillo.

—Vamos dentro. Te pondré una pomada para las picaduras.

Pero el a no pensaba volver a entrar en casa de los Landis. Especialmente esa noche, cuando los recuerdos la tenían debilitada.

—No es nada. Ya se me está pasando el dolor y el agua ayuda mucho —murmuró, volviendo a meter el pie en la piscina—. Si me quedo aquí unos minutos, se me pasará.

Sebastián miró la casa y luego a el a. Y, de repente, se quitó los zapatos para meter los pies en el agua. ¿Quién era aquel hombre y qué había hecho con su adusto marido?

Sus piernas se rozaban y Marianna sintió algo que no tenía nada que ver con la picadura de la medusa y sí con el hombre que tenía a su lado.

Maldito fuera por recordarle cosas que le habían gustado tanto de él en el pasado, por recordarle momentos felices. Claro que no era culpa de Sebastián. Había sido débil con aquel hombre desde que tenía dieciocho años.

Él la tomó del hombro, apretándola contra su pecho, anclándola allí con la presión de su mano.

Y Marianna dejó escapar un gemido cuando inclinó la cabeza para besar su cuello, sus pómulos...

antes de buscar sus labios.

—¡Holly! —gritó, cuando la perrita se metió entre los dos.

Marianna se dejó caer sobre él, alivio y pena luchando en su interior.

—Holly acaba de evitar que cometiéramos un error —murmuró.

Sebastián ni confirmó ni negó este hecho; sencillamente la miró. Y en sus ojos vio el brillo que sólo veía cuando estaban haciendo el amor. Pero, aunque le daba cierta pena, Marianna sabía que había sido lo mejor. Si volvían a besarse, lo seguiría a cualquier parte. De hecho, ardiendo de deseo, prácticamente salió corriendo hacia su

coche.

Sebastián se levantó del sofá de su despacho y se pasó una mano por la frente cubierta de sudor. Al menos no le preocupaba que Marianna le echase una bronca por quedarse a trabajar hasta muy tarde... otra vez.

Suspirando, se inclinó para acariciar a Holly. No sabía por qué había llevado a la perrita al despacho. Nunca lo había hecho antes. Pero Holly se había puesto a ladrar cuando subió al coche, como suplicándole que la llevara con él...

—Hola, chica —la saludó con voz ronca.

Luego miró el reloj de la pared... las tres de la mañana. Sólo llevaba un hora dormido, tiempo suficiente para revivir lo que pasó nueve años antes cuando, furioso consigo mismo por haber elegido un sitio tan remoto para su luna de miel con una esposa embarazada, tuvo que llevar a Marianna al hospital, temiendo que muriese sin que él pudiera hacer nada.

Aquel viaje interminable era una pesadilla que se había repetido muchas veces desde entonces.

¿Cuántas veces tendría que revivirla?, se preguntó. O la otra pesadilla, la de que quizá Marianna tenía razón y, sencillamente, no estaban hechos el uno para el otro.

Sebastián se levantó, moviendo el cuello dolorido, y se dirigió a la cocina sin molestarse en encender la luz. ¿Para qué? No había riesgo de chocar con nadie en el bufete a esas horas.

Y había pasado allí tiempo suficiente como para conocerlo de memoria.

Abrió la nevera, la lucecita rompiendo la oscuridad, y sacó un contenedor de comida de su restaurante favorito... un sitio en el que lo conocían bien desde que Marianna y él se separaron y donde encargaba la cena cada noche.

Apoyado en la encimera, sacó una chuleta fría del contenedor y, después de comérsela, le tiró el hueso a Holly. Siguió comiendo más por costumbre que por apetito, sin dejar de pensar en la ecografía que llevaba en el bolsillo.

—Un poco diferente a como eran antes las cosas, ¿no? —sonrió, mirando a su perrita.

Había habido buenos tiempos, sí.

Tirando el resto de las chuletas a la basura, buscó un buen recuerdo que reemplazase a la pesadilla. Dos años antes, Marianna lo había sorprendido en Navidad con un par de cachorros adoptados en un refugio para animales. ¿Cómo podía haber olvidado su contagiosa sonrisa cuando le mostró a los dos ruidosos animalillos con lazos rojos

en el cuello?

Sebastián miró a Holly, que gruñía de felicidad mientras mordisqueaba el hueso de la chuleta.

Casi podía oír a Marianna regañándolo por darle algo que no fuera pienso...

Pero tenía razón cuando dijo que el divorcio no estaba saliendo como habían previsto. Su matrimonio tampoco había sido lo que ellos habían previsto, primero por el aborto y luego la pérdida de Sophie.

No, no quería pensar en eso. La vida era así, cambiaba de dirección y uno tenía que aceptarlo.

Pero había un niño en camino y no pensaba ser un padre a distancia.

Y no pensaba dejar que algún tipo como Ross Ward educase a su hijo.

Conquistar a Marianna de nuevo era un principio para conseguirlo. Pero si eso no funcionaba, buscaría el método que hiciera falta. A la porra las pesadillas, la apuesta era demasiado alta como para perder el tiempo.



## CAPÍTULO 06

Después de dar vueltas y vueltas en la cama, soñando que hacía el amor con Sebastián en la playa, Marianna despertó cansada y furiosa. Y tarde para trabajar. Aunque las náuseas matinales no la habían ayudado nada, esperaba poder comer algo cuando llegase a la oficina.

Pero cuando abrió la puerta de su despacho se encontró a Sebastián tumbado en el sofá, dormido.

Suspirando, se acercó a él dispuesta a echarlo de allí. ¿Y si entraba su jefe? ¿Y si se enteraba la recepcionista?

¿Por qué no podía entender que ya no estaban casados? No tenía derecho a entrar y salir de su vida como quisiera. Debía llamar antes, pedir una cita.

Dejando el maletín sobre la mesa, Marianna se detuvo a unos centímetros de él. ¿De verdad tenían que pedir cita para hablar el uno con el otro? Qué triste.

Sin pensar, Marianna sacó un pañuelo de papel del contenedor dorado que había sobre el escritorio y limpió una manchita en sus mocasines. Pero, mientras lo hacía, no pudo evitar admirar esas piernas tan largas, tan masculinas. No era justo que su cuerpo estuviera volviéndose loco por las hormonas cuando Sebastián era oficialmente territorio prohibido.

Pero parecía tan cansado... ¿Demasiado trabajo?, se preguntó. ¿Seguiría a ese ritmo cuando naciera el niño?

Intentaba convencerse de que sólo le importaba porque era el padre de su hijo, pero no podía ignorar el pellizco que sintió en el corazón. No era fácil olvidar lo que Sebastián Landis había sido para él a durante todos esos años.

Debería despertarlo, pero no lo hizo. Lo dejaría dormir un rato más, pensó. Tenía mucho trabajo en la oficina, de modo que estaría ocupada. Y sí, quizá estaba intentando demostrarse algo al quedarse allí, conteniendo el deseo de acariciar su frente.

Marianna se dejó caer sobre un sillón, con los pies sobre una otomana, mientras abría el catálogo de una subasta de antigüedades con una mano y quitaba la tapa de un yogur con la otra.

Quince minutos después, el reloj de la pared daba las once. Sebastián despertó, desorientado, agarrándose al borde del sofá para no caer al suelo.

—Hola, preciosa —murmuró, pasándose una mano por la cara — ¿Cómo estás?

—Estamos bien —sonrió Marianna dejando el catálogo en el suelo —. Sólo quería levantar las piernas un rato.

Sebastián se apoyó en el respaldo del sofá y tomó sus pies para

colocarlos sobre sus rodillas.

—¿Qué haces?

—He leído un libro sobre el embarazo y dice que debes descansar mucho.

Ella estuvo a punto de recordarle que no era la niña de dieciocho años con la que se había casado, pero no lo hizo.

—No creo que se me pueda olvidar, ya que tú me lo recuerdas cada media hora.

Sebastián se inclinó hacia adelante para poner una mano sobre su abdomen.

—Tu mamá se está poniendo peleona, así que debe de encontrarse bien.

—En realidad, tengo hambre. ¿Tú puedes entender lo que es un ataque de hambre inducido por estrógenos?

—Pues resulta que te he traído algo de comer...

—Gracias, pero ya he desayunado y quiero empezar a comer de forma sana.

—Señora, la conozco desde hace nueve años y sé muy bien qué cosas le gustan. De hecho, me encanta ver cómo disfrutas de la comida —sonrió Sebastián.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo, quizá porque el sueño erótico estaba demasiado cercano.

—Así que te gusta verme comer... —murmuró, bajando los pies.

—Vuelve a poner los pies en mis rodillas y te sorprenderé con un almuerzo que no olvidarás nunca.

Sebastián tomó una bolsa de la que sacó varios contenedores de plástico lleno de fresas, kiwis y trozos de pera.

Marianna apretó los labios. La fruta tenía un aspecto delicioso, pero lo que a ella le apetecía en aquel momento era algo de chocolate. Con leche. Eso, al menos, sonaba nutritivo.

Pero como su ex marido se había esforzado, tuvo que sonreír. Sobre todo al recordar que tenía una chocolatina en el cajón del escritorio. Las almendras tenían proteínas, ¿no?

—Qué detalle.

Desde luego, su ex marido estaba encargándose de que el niño tuviera todo lo que necesitaba.

—Y por último... —Sebastián sacó un tarro de la bolsa.

—¿Manteca de cacahuete? —exclamó Marianna, decepcionada. ¿No podía haber comprado una tableta de chocolate?

—Querida, es chocolate blanco.

—¿En serio?

Se relamía sólo con mirar el tarro, aunque su corazón había

empezado a palpar por el romántico detalle.

Sebastián sacó otro tarro de la bolsa. —Y manteca de cacahuete... con trocitos de cacahuete.

Ah, y el último: chocolate con fresas. Sé amable conmigo y te llevaré al supermercado donde encontré todo esto.

Marianna tuvo que sonreír.

—Dame el chocolate blanco.

Sebastián abrió el tarro con uno de esos gestos tan simples, tan masculinos. Una cosa tan domestica: «¿Puedes abrir este tarro?».

Pero el gesto hizo que se encogiera su vulnerable corazón.

Cuando sacó un cuchillo de plástico para extender chocolate blanco sobre una fresa, Marianna pensó que intentaría ponerla en su boca y el a tendría que apartarse cuando lo que le gustaría de verdad sería disfrutar el momento. Pero Sebastián pinchó la fresa con un palillo y se la dio sin decir nada.

Ella la mordió, el sabor del chocolate blanco y la fruta deshaciéndose en su boca. Pero cuando intentó comer el resto, el palillo lo impidió y Sebastián intentó ayudarla...

Los ojos azules de su marido se encontraron con los suyos. Y, de repente, el dedo de Marianna se movió, como por voluntad propia, para rozar la mano masculina. Afortunadamente, lo apartó a tiempo.

Sebastián volvió a dejarse caer en el sofá y eso la sorprendió. Casi se habían besado por la noche, pero ahora parecía dispuesto a respetar los límites.

Y el a debería alegrarse.

—¿Vas a ir a la fiesta de mi hermano el domingo por la tarde?

Ah, claro, había una segunda intención en esa visita. Debería haberlo imaginado.

Marianna vaciló, sin saber qué decir.

Enfrentarse con su familia había sido difícil el día anterior y sólo estaba allí para hablar de trabajo. ¿Qué dirían si aparecía en una fiesta con su marido?

—No había pensado ir.

—Sería una buena oportunidad profesional para ti y una buena oportunidad para los dos de demostrarle al mundo que podemos ser civilizados a pesar del divorcio.

Estaba recostado en el sofá, en una postura en absoluto amenazadora. Todo era un poco demasiado perfecto, como estudiado.

—Eres un buen abogado.

—Lo intento.

—¿Qué diría tu familia?

—Nada. Son todos muy diplomáticos... es algo que viene con las

inclinaciones políticas.

—Sí, claro —suspiró Marianna. En cualquier caso, y a causa del niño, tendría más contacto con ellos del que había imaginado—. Durante todo el divorcio, tu madre no ha dejado de ser amable conmigo.

—Pues has tenido suerte. Porque a mí me ha preguntado más de una vez qué demonios había pasado entre nosotros.

—¿En serio?

Eso la sorprendió, aunque era de esperar. Ginger adoraba a sus hijos, pero nunca había dudado en llamarlos al orden, incluso siendo adultos.

—Espero que entienda que esto ha sido tanto culpa tuya como mía. Sebastián la miró, muy serio.

—Es la primera vez que te oigo decir eso.

—Pues lo siento. Supongo que, a pesar de la atracción física, no somos capaces de vivir juntos.

Nuestros temperamentos son muy diferentes.

El se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—No me resulta fácil recordar cuáles son esas diferencias.

¿Ahora quería hablar de eso? El nunca había querido tocar el tema, diciendo que no había ningún problema entre ellos o que, si los había, se pasarían con el tiempo. Y ocurrió lo mismo con Sophie. Sebastián se negaba a hablar de la niña mientras para el a seguía siendo una herida abierta.

Según Sebastián, el a se empeñaba en hablar demasiado y eso no servía de nada.

Marianna miró el tarro de chocolate blanco. Ocho meses antes, se lo habría tirado a la cabeza, pero ahora sólo quería llorar por lo que habían perdido.

Aunque lo encontraba infinitamente deseable, necesitaba hacerse la fuerte para no tocarlo.

—Sebastián, no es el momento...

La puerta se abrió entonces y los dos se echaron hacia atrás. Ross apareció en el despacho y, por una vez, a Marianna le molestó su presencia.

—Sólo quería comprobar que habías llegado bien.

—Siento haber llegado tarde —se disculpó el a, tomando el catálogo del suelo—. La reunión con Matthew y Ashley se retrasó un poco, ya lo sabes.

—No pasa nada —dijo Ross—. Trabajar en la casa del futuro senador es una prioridad.

Sebastián se levantó del sofá.

—Gracias por confiar en que mi hermano sea elegido.

—Los Landis tenéis fama de conseguir lo que queréis, ¿no?

Marianna se puso tensa.

—Todo el mundo intenta conseguir lo que quiere.

—Sí, claro. Nosotros también —sonrió Ross Ward— Southern Designs está a punto de ampliar su negocio.

—¿Ah, sí? —Sebastián miró a Marianna.

No se lo había contado. Claro que no había habido necesidad durante el proceso de divorcio ya que estaban intentando vivir por separado.

—Southern Designs va a abrir otra tienda en Columbia —siguió Ross—. Y es mi esperanza que Marianna sea la gerente.

Tirado en una tumbona al lado de la piscina, Sebastián tomó un sorbo de refresco. Le gustaría tomar algo más fuerte, pero necesitaba tener la cabeza fría para hablar con su ex.

Durante todos aquellos años había pensado que Ross estaba interesado en Marianna pero, en lugar de intentar conquistarla, el tipo lo que quería era enviarla a Columbia. Columbia no era el fin del mundo, pero las tres horas de distancia le parecían aún más cuando pensaba en sus planes de ser una presencia constante en la vida de su hijo... y en la de Marianna.

Una orquesta tocaba en el cenador, la brisa del mar moviendo el agua de la piscina llena de magnolias y velas flotantes... su madre y Ashley habían organizado aquel a fiesta sin olvidar un solo detalle.

Las invitaciones a la finca de los Landis eran raras porque Ginger valoraba mucho su intimidad, aunque reunir a políticos y empresarios en su casa sería ventajoso para Matthew. Y para el general y su madre también, ya que cada día estaban más metidos en asuntos de Estado.

Él prefería su discreto papel, alejado de la política, manejando la fortuna familiar y aceptando casos que encajaban con sus convicciones. Marianna solía decir que admiraba eso de él.

Y, justo en ese momento, la vio aparecer. El ruido de conversaciones y risas pareció disolverse y volvió a sentir el escalofrío que había sentido tantas veces durante su matrimonio. Estaba hablando con su madre y sonreía como en otros tiempos...

Se alegraba de que hubiera ido. Aunque estaba encantado con la felicidad de su hermano, oír a Matthew y Ashley hacer planes de boda no era siempre agradable cuando uno estaba en medio de un divorcio.

El vestido color burdeos que llevaba abrazaba sus curvas con discreta elegancia, dejando al descubierto sólo sus piernas. Unos mechones de pelo escapaban artísticamente del moño, enmarcando su cara... pero cuando se volvió para tomar el canapé que le ofrecía un

camarero, Sebastián estuvo a punto de atragantarse.

El maldito vestido dejaba la espalda al descubierto... y la piel de Marianna brillaba con una cualidad translúcida que le recordaba a las magnolias que flotaban en la piscina.

—Bonita fiesta, mamá —dijo, acercándose—. Hola Marianna.

¿Qué era eso que tenía en el hombro? ¿Brillo plateado?

—Buenas noches, Sebastián. Estaba preguntándole a tu madre el nombre de la empresa de catering.

—Y yo le estaba diciendo que me alegro mucho de que haya venido —Ginger miraba de uno a otro sin disimular su curiosidad.

Sebastián sabía que no podría evitar un interrogatorio después. Su madre podía ser implacable, el epítome de la magnolia de acero.

Y hablando de mujeres de carácter... ¿cuándo pensaba Marianna dar la noticia de su embarazo? Aunque él preferiría esperar hasta que pudieran contarle a todo el mundo que volvían a estar juntos. No quería que Marianna se acostumbrase al papel de mujer soltera.

Y, desde luego, no quería que se fuera a Columbia.

—Ah, ahí está el juez Johnson con su nueva esposa —dijo Ginger—. Tengo que ir a saludarlos.

Pasadlo bien, chicos.

Marianna se volvió hacia él en cuanto se quedaron solos.

—Te agradezco que no le hayas contado nada a tu familia. Sé que no es fácil para ti.

—Soy mayorcito. Lo contaré cuando tenga que hacerlo.

—Sí, claro.

Marianna se había quejado frecuentemente de su carácter reservado porque se negaba a discutir algo si no lo tenía claro del todo, si no había sopesados los pros y los contras. Pero, habiendo crecido con dos hermanos muy discutidores, le resultaba más fácil hacer las cosas así.

—Voy a contarte un secreto —dijo Marianna entonces—, pero tienes que prometer que no vas a contárselo a nadie.

Sebastián rozó su pecho con un dedo para hacer una cruz.

—Te lo juro.

Ella se apartó de un salto, cruzando los brazos.

—Ya no puedes hacer eso.

Como si él necesitara recordatorios...

—¿Cuál es ese secreto?

—Estoy convirtiéndome en adicta al chocolate blanco. Gracias a ti.

—De nada —Sebastián se echó hacia atrás. Ver ese polvillo plateado sobre su piel e imaginar hasta dónde se lo habría echado era suficiente por el momento—. Puedes descruzar los brazos.

—Y tú puedes dejar de tontear conmigo.

—Mientras no hagas las maletas para irte a Columbia...

—Estaba preguntándome cuánto ibas a tardar en sacar ese tema.

Matthew y Ashley aparecieron entonces en el porche y Sebastián, salvado por la campana, volvió a tomar su vaso de refresco.

Ashley, una mujer discreta pero sorprendentemente divertida, tomó una copa de champán mientras Matthew pasaba un brazo por los hombros de Marianna.

—¿Mi hermano se está comportando? —le preguntó.

—El comportamiento de tu hermano es más o menos aceptable —sonrió Marianna.

—¿Sólo aceptable? —rió Sebastián, pasando el vaso por su brazo.

—Aún no te he tirado a la piscina, pero lo haré si vuelves a hacer eso.

Sebastián tomó un sorbo de refresco.

—Lo de la piscina podría ser buena idea —murmuró, volviéndose hacia su hermano, que miraba de uno a otro con cierta confusión—. Matthew, será mejor que estés atento.

—¿Por qué?

—Porque te debo una. ¿Recuerdas que me tiraste a la piscina en la fiesta que dio mamá cuando Marianna y yo nos escapamos?

Ashley pasó un brazo por la cintura de su prometido.

—A los paparazzi les encantaría conseguir una fotografía tuya tonteando con Marianna.

—Aguafiestas —murmuró Sebastián. Su discreta cuñada sabía cómo salirse con la suya, pensó.

Y quizá sería mejor dejar de tocar a Marianna por el momento—. Bueno, Matthew, ¿sigues teniendo tiempo para jugar al golf este fin de semana?

Con un poco de suerte, su ex mujer se daría cuenta de que iba a tomarse el fin de semana libre, algo que le había pedido muchas veces cuando estaban casados.

Matthew se volvió hacia Ashley.

—¿Lo tengo?

—A mí no me mires. No soy tu jefe.

—Venga...

—Sí, Sebastián —Ashley puso los ojos en blanco—. Matthew puede jugar contigo este fin de semana. De verdad, sois como niños.

Viéndolos tan felices, Marianna no pudo evitar sentir cierta envidia. Aunque se alegraba por ellos, esa felicidad en contraste con su situación le dolía un poco.

Pero estaba cansada de auto compadecerse. Estaba cansada de

llorar. Su vida no era perfecta, pero tenía muchas cosas por las que sentirse feliz. Tenía que pensar en su hijo, por ejemplo.

Y en reavivar la pasión de su ex marido.

¿Se atrevería a atizar ese fuego otra vez? Los dos habían sufrido y... ¿cuándo se había vuelto tan tímida?, se preguntó entonces.

Fue después de perder a Sophie. Entonces dejó de tener ganas de pelear. Qué triste legado en nombre de aquel a preciosa niña que le había dado tanta alegría.

Marianna se irguió entonces, preguntándose cuanto tiempo llevaba encogida. Demasiado.

No sabía dónde iban las cosas con Sebastián. Seguramente a ninguna parte. Aunque imaginaba que él, dado su sentido del honor, querría volver a casarse por el niño. Pero el a no estaba de acuerdo. Se habían quitado las alianzas y habían pasado página. Ni siquiera sus coqueteos podrían cambiar eso.

Pero, a pesar del divorcio, aparentemente seguía habiendo algo entre ellos... algo que tenían que solucionar antes de que naciera el niño. Marianna miró sus anchos hombros, su postura tan masculina... y, de repente, sintió el deseo de explorar aquel a nueva atracción.

Se había cansado de mantenerlo a distancia. Estaba sexualmente frustrada y era hora de que Sebastián dejase de toquetearla o reconociera que también él la deseaba.



## CAPÍTULO 07

Sebastián estuvo tirado en una tumbona prácticamente toda la fiesta, charlando con la gente que pasaba a su lado. Pero, sobre todo, usaba ese sitio para observar a Marianna charlando con los invitados y ayudando a su madre a dar órdenes a los camareros...

Y abrir la pista de baile bajo las estrellas.

Mientras la veía moverse al ritmo de la música con su hermano pequeño, su risa haciéndole sentir escalofríos, la decisión de no tocarla empezó a ser insoportable. Hacía tiempo que no la veía tan feliz. Tenía que ser el embarazo, pensó.

La orquesta estaba tocando cuando el general se acercó a él. El pobre Hank iba a poner la mano en su espalda pero se detuvo, buscando un sitio donde hubiera tela... y Sebastián tuvo que contener una carcajada.

Pasó una hora más hasta que vio a Marianna sola por primera vez, sentada en una silla a frente a la piscina. Y su decisión de no tocarla iba a tomarse una tregua, decidió. Se merecía por lo menos un baile.

—Creo que soy el único hombre de la fiesta que no ha bailado contigo.

—No me lo has pedido.

De modo que se había dado cuenta... bien. Al menos, se sentía satisfecho de su comedimiento.

Aunque empezaba a preguntarse durante cuánto tiempo podría ser comedido.

—¿Quieres bailar conmigo? Como amigos.

Marianna tragó saliva. El auténtico cabalero del sur, con un traje de chaqueta azul marino, una conservadora corbata marrón al cuello...

Había muchos hombres vestidos como él en la fiesta, igualmente atractivos y poderosos, pero ninguno de ellos despertaba su interés como Sebastián.

Cuando él puso la mano en su espalda desnuda tuvo que cerrar los ojos, dejando que la atracción que había entre ellos se hiciera cargo de sus sentidos, ardiente como la temperatura en Carolina del Sur. Sus piernas se rozaban mientras sus cuerpos copiaban una danza mucho más fundamental, despertando recuerdos del pasado...

Si no estuvieran rodeados de gente, Sebastián le habría quitado la ropa en un segundo. Por el momento, sólo podía mirarlo, hipnotizada por el fiero deseo que veía en sus ojos, todo su cuerpo suplicándole que se rindiera.

—Tienes que saber lo preciosa que eres —le dijo al oído, los dedos masculinos trazando figuras en su espalda.

De nuevo, Marianna sintió el imperioso deseo de aprovechar ese

tiempo antes del nacimiento del niño para hacer lo que su cuerpo le pedía. Aunque Sebastián la había dejado en paz durante la fiesta, estaba segura de que no le diría que no.

Parecía muy tranquilo, pero él sabía lo bien que podía esconder sus cartas. Quizá debería dejárselo claro. Eso sonaba razonable, especialmente cuando el deseo empezaba a ser una tortura.

—¿Qué te parece un acuerdo temporal como... amigos con derecho a roce?

¿Amigos con derecho a roce?

Sebastián la miró, atónito. Quería acostarse con él.

Había dicho algo sobre un arreglo temporal, pero ya lidiaría con eso más tarde. No era tan tonto como para dejar pasar esa oportunidad.

—Esta casa está llena de gente. ¿Qué tal si volvemos a la nuestra?

Marianna lo miró, con un innegable brillo de anhelo en los ojos.

—Yo diría que sí.

Conteniendo el deseo de dar un salto con el puño en alto, Sebastián buscó la salida más próxima. No pensaba despedirse de nadie ahora que Marianna parecía tan decidida como él. ¿Les daría tiempo a llegar a casa o tendría que parar el coche en el arcén de nuevo?

Cinco interminables minutos más tarde, el aparcacoches llegó con el Mercedes de Marianna.

Sebastián prácticamente le quitó las llaves de la mano.

Vio una conveniente carretera secundaria en el camino, pero decidió que quería tomarse su tiempo con él en la intimidad de su casa, en su cama. Casi podía convencerse a sí mismo de que las cosas habían vuelto a la normalidad entre ellos.

Pero... ¿habían sido normales alguna vez? Su vida juntos había empezado a un ritmo frenético.

Se casaron tres meses después de conocerse, Marianna perdió al niño durante aquel horrible noche en las montañas...

Y luego la universidad, los fracasados tratamientos de fertilidad, la adopción... Sebastián decidió dejar de recordar porque no servía de mucho. El pasado no tenía nada que ver con el presente. Debía seguir adelante, pensar en aquello con lo que contaban... el niño.

Y la pasión que había entre ellos dos que, irónicamente, había aumentado durante el divorcio.

Una vez frente a la casa, quitó las llaves del contacto y se volvió para apartar un mechón de pelo de su cara.

—¿Te he dicho lo preciosa que eres?

—Sí, me lo has dicho.

—Sólo quería comprobarlo.

—Sebastián...

—¿Sí?

—Cállate y dame un beso.

—Sí, señora.

Él mordisqueó su mano, su muñeca... subiendo por el brazo para reclamar sus labios, fuerte, ardiente. La familiar sacudida de deseo que siempre había sentido al menor contacto con su ex marido despertó a la vida entonces.

Mientras con una mano le quitaba las horquillas del pelo, con la otra rodeó su cintura, levantándola para apretarla contra él. Las suaves curvas se amoldaban a su cuerpo perfectamente, sus caderas moviéndose con una promesa que Sebastián pensaba aceptar sin condiciones.

—Vamos dentro —murmuró, sobre sus labios—. Ya hemos hecho esto en el coche. Vamos a hacerlo en la cama.

—Sí —murmuró el a, agarrándolo por las solapas—. Pero pronto, por favor.

Sebastián alargó una mano para abrir la puerta mientras Marianna seguía besándolo hasta... el último... segundo. Y cuando logró salir del coche y abrirle la puerta, se echó en sus brazos.

Tropezaron con las piedras del camino en su prisa por llegar a la casa y el a perdió un zapato.

Pero cuando iba a darse la vuelta para recuperarlo, Marianna lo agarró por la muñeca.

—Ya vendré a buscarlo más tarde.

Si a el a le daban igual sus preciosos zapatos, debía de ir en serio.

Sebastián la tomó en brazos para llevarla al porche y Marianna enredó los brazos en su cuello, besándolo mientras sacaba la llave del bolsillo.

Una vez dentro, la dejó suavemente en el suelo y cerró la puerta con el pie, haciendo malabarismos para no pisar a Buddy, que corría haciendo círculos a su alrededor.

Mientras iban hacia la escalera, Marianna consiguió quitarle la chaqueta y tirarla al suelo. Ah, cómo le gustaban sus rápidas y eficientes manos. Y su dispuesta boca moviéndose bajo la suya. Los suaves pechos apretados contra su torso...

En aquel momento le gustaba todo de el a.

A mitad de la escalera, Sebastián la apretó contra la pared y metió las manos bajo su vestido, sin dejar de besarla. Ella echó la cabeza hacia atrás, suspirando de placer.

Acarició sus muslos hasta encontrar el diminuto tanga y un rugido posesivo escapó de su garganta al pensar en el a llevando eso en la

fiesta. La apretó contra su pecho, pero aun así no era suficiente para aliviar la presión bajo sus pantalones y, a juzgar por sus urgentes suspiros, tampoco era suficiente para el a.

¿Quién demonios necesitaba irse a la cama?

Sebastián apartó el tanga de un tirón, rozando su húmeda cueva. La prueba de su deseo casi fue suficiente para hacerlo perder la cabeza, pero se contuvo. Quería darle placer antes de dejarse llevar por su propio deseo de estar dentro de el a.

—Sebastián... —jadeó Marianna, enredando una pierna en su cintura—. Esto no es justo...

—¿Qué?

—Prometiste que nos daríamos prisa.

—Ten paciencia —suspiró él, soplando sobre su clavícula para hacer volar el polvo plateado—.

Llegaremos enseguida.

Luego metió dos dedos dentro del tanga para buscar su cueva. Metiéndolos, sacándolos.

Repitiendo la acción una y otra vez mientras imaginaba cómo sería sentir esa húmeda garra alrededor de algo que no fueran los dedos.

Ella jadeaba, sin aliento, y Sebastián vio que estaba a punto de llegar al orgasmo. Se apretaba contra él mientras, con una mano, intentaba desabrochar su cinturón. Estaba tan excitado que sintió que empezaba a vibrar...

Pero no, era su móvil, enganchado a la presilla del pantalón.

—No hagas caso —murmuró, haciendo círculos con dos dedos sobre el escondido capullo entre los rizos.

—Probablemente será una llamada de tu bufete. El trabajo inmiscuyéndose por enésima vez en nuestras vidas.

—El trabajo puede irse al infierno esta noche —dijo él, entre dientes.

Seguía sonando, insistente, pero Sebastián no dejaba de besarla, acariciando con la lengua el interior de su boca tan profundamente como lo hacía abajo con los dedos. Y el móvil seguía sonando.

Marianna le mordió el labio inferior. —Deberías comprobar quién es.

—No me apetece.

Pero el a inclinó la cabeza para mirar la pantalla y, de repente, se quedó muy quieta.

—Sebastián, es tu padrastro. A lo mejor es algo importante...

Aunque le gustaría creer que estaba exagerando, el general nunca lo llamaba a esas horas.

Jamás.

De modo que tuvo que contestar:

—Dime, Hank.

—Sabes que nunca te molestaría tan tarde si no fuera importante, pero tu madre te necesita. El avión de Kyle... lo han derribado en Afganistán.

Las palabras temidas por todas las familias con algún miembro destinado allí.

—Y no saben si hay supervivientes.

Marianna se sujetó al salpicadero, intentando que su cerebro cambiase de marcha tan rápido como lo hacía Sebastián en el coche mientras se dirigían a toda prisa a la finca de los Landis. No habían tenido que discutir siquiera. Kyle había sido parte de su familia durante nueve años. Pensar en el alegre hermano de Sebastián muerto tan lejos de casa...

Y él quería estar con la familia. Necesitaba estar allí porque podía imaginar el miedo que tendría su madre. Su propio corazón se había roto al perder a Sophie, aun sabiendo que su hija estaría bien. ¿Por qué clase de infierno estaría pasando Ginger en ese momento?

Y Sebastián... sí, tenía que estar a su lado aunque él no se lo pediría nunca. Nunca reconocería que la necesitaba.

¿Qué estaría pensando en aquel momento?, se preguntó. Iba sujetando el volante con una mano mientras mantenía la otra en la palanca de cambios.

Si pudiera hacerlo hablar...

—¿Qué más te ha dicho el general?

—Sólo que era una operación secreta de las fuerzas aéreas. El avión de transporte que llevaba a Kyle desapareció del radar y las radiotransmisiones indican que había sido derribado. Están buscando los restos ahora mismo.

—Lo siento mucho. Tu madre debe de estar frenética.

—Kyle es duro. Es un superviviente.

Y también era el tipo de hombre temerario y generoso que moriría por los demás, pensó Marianna. Pero no tenía que decir eso. Sebastián conocía a su hermano mejor que él a.

—¿Te ha dicho algo más? —insistió, más para hacerlo hablar que por otra cosa.

Él negó con la cabeza.

—Los medios aún no han recibido la noticia. Las fuerzas aéreas están intentando que no se haga público el nombre de Kyle... en caso de que haya sido hecho prisionero.

Marianna sintió un escalofrío. Si había sido hecho prisionero y sus captores descubrían que tenían en su poder al hijo de una senadora

tan influyente...

Las horrendas posibilidades eran impensables.

Sebastián se detuvo en un semáforo, pero mantuvo el pie en el embrague como si no pudiera esperar un segundo más para llegar a su casa. El semáforo se puso en verde y pisó el acelerador...

Los faros de otro coche los cegaron entonces. Marianna oyó el chirrido de unos frenos y todos sus músculos se pusieron en tensión, anticipando el golpe. Se agarró firmemente al salpicadero con una mano, llevándose la otra a la cintura en un fiero deseo maternal de proteger a su hijo...

Sebastián dio un volantazo... y Marianna cayó de lado, golpeándose la cabeza contra la ventanilla.

Y luego todo se volvió negro.

## CAPÍTULO 08

Sebastián paseaba por la sala de espera, aún sin saber si Marianna y el niño estaban bien.

Maldita fuera, ¿por qué se había distraído mientras iba conduciendo? Sí, había logrado evitar al otro vehículo... por poco. El conductor borracho había chocado contra un poste de teléfono y luego salió del coche sin un solo rasguño. Marianna, sin embargo, había quedado inconsciente.

El presente se parecía demasiado al pasado. De nuevo estaba en Urgencias, esperando que le dijeran que Marianna y su hijo estaban bien. Y, como había ocurrido nueve años antes, iba conduciendo como un loco hasta el hospital. Tenía suerte de no haberla matado entonces. ¿Pero ahora?

Seguía sin saber nada porque el médico lo había echado de la consulta y en el pasillo frente a la sala de espera podía oír los ruidos de Urgencias: una señora mayor quejándose cada vez que alguna enfermera se acercaba a él, un adolescente llorando mientras hablaba por el móvil, las ocasionales carreras por el pasillo cuando los enfermeros entraban con un nuevo paciente...

¿Cuánto tiempo podría esperar sin volverse loco? Sebastián pateó una mesa y, al hacerlo, se fijó en sus zapatos, los que Marianna le había regalado por Navidad. Unos zapatos que deberían estar en el suelo, al lado de la cama, si la noche hubiera terminado de otra manera.

No podía ni pensar en lo que le habría pasado a su hermano. Alguien tenía que darle una buena noticia. Y pronto.

Las puertas de Urgencias se abrieron para admitir a varias personas, pero éstas mejor vestidas de lo habitual: su familia. No debían de haber tenido tiempo de cambiarse después de la fiesta, pensó. Su madre corrió hacia él. Matthew y Ashley tras él.

—¿Sabéis algo de Kyle?

Matthew negó con la cabeza.

—Aún no. El general está en el aparcamiento intentando hablar con sus contactos en el ejército. Jonah se ha quedado en casa por si llamaba alguien.

Sebastián dejó escapar un largo y doloroso suspiro, deseando saber algo más pero agradecido porque, al menos, no habían recibido malas noticias. Aunque su madre debía de estar sufriendo como nunca. Seguía llevando el vestido de noche, pero en los pies llevaba los zuecos del jardín y eso, en una mujer como ella, evidenciaba lo angustiada que debía de estar cuando salió de casa.

—Mamá, no tenías que venir —dijo, abrazándola—. Ya tienes

suficientes problemas con lo de Kyle.

—Tú también eres mi hijo —Ginger le dio un beso en la mejilla, la angustia en sus ojos evidente

—. Todos mis hijos son igualmente importantes para mí.

—Yo estoy bien. Es Marianna —y su hijo, aunque eso no podía decirlo— quien me preocupa.

Su madre lo tomó del brazo.

—Dijiste por teléfono que estabas con Marianna, pero no dijiste qué le había pasado.

—Se golpeó la cabeza contra el cristal de la la cuando di un volantazo para evitar a un conductor borracho.

—Hijo, no sé qué hay entre vosotros dos últimamente, pero me alegro mucho de que estéis juntos.

La mitad del tiempo tampoco él sabía cómo estaban las cosas entre su ex mujer y él, pensó Sebastián.

—Gracias por venir, pero de verdad podéis iros a casa.

Ginger tomó su cara entre las manos.

—Tú más que nadie sabes el miedo que alberga el corazón de un padre.

Por un segundo, Sebastián pensó que había descubierto el embarazo de Marianna, pero enseguida se dio cuenta de que se refería a Sophie. Y se quedó helado. Nadie más que Marianna se atrevía a mencionar ese nombre delante de él porque interrumpía cualquier conversación sobre el tema cada vez que alguien lo intentaba. Que su madre lo mencionase ahora sólo demostraba lo angustiada que debía de estar.

—Aunque sabéis que Sophie estará bien cuidada, es difícil no preocuparse por los hijos cuando no están contigo. Y mucho más cuando sabes que no volverás a verlos. Marianna y tú habéis sufrido mucho estos últimos meses...

Su madre había sugerido muchas veces que no empezaran con el proceso de divorcio tan rápidamente. Lo cual demostraba lo bien que Marianna y él habían escondido sus problemas incluso de los más allegados. El final de su matrimonio fue muy doloroso, pero había sido un proceso que empezó dos años antes.

—Sebastián, ¿me has oído?

—Sí, mamá, te he oído —dijo él, sin saber muy bien lo que decía.

—Mamá, ya has visto con tus propios ojos que está bien —intervino Matthew entonces, tomándola del brazo—. Vamos a casa.

La puerta que llevaba a las consultas se abrió entonces y Sebastián se dio la vuelta, olvidándose de su familia por el momento. La doctora Cohen se acercó a él, sus gafas colgando del cuello.



—Señor Landis, Marianna está despierta. Y parece que tanto el a como el niño están bien.

Sebastián tuvo que poner una mano en la pared porque le fallaban las piernas.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar antes de entrar a verla?

—Unos minutos. Se está vistiendo para que pueda llevarla de vuelta a casa pero tendrá que vigilarla durante la noche para asegurarnos de que el golpe en la cabeza no ha provocado una conmoción —la doctora apretó su brazo—. Es dura su mujer... el a y el niño.

—Gracias otra vez, doctora Cohen. Le agradezco que haya venido.

Los médicos del hospital le habían asegurado que ellos se ocuparían de Marianna, pero después de lo que pasó nueve años antes, Sebastián había exigido que llamasen a la ginecóloga de su mujer.

Pero cuando la puerta se cerró tras la doctora Cohen, se encontró a toda su familia mirándolo con la boca abierta. Incluso el general había llegado a tiempo para escuchar la noticia.

—¿Un niño? —su madre fue la primera en hablar.

Y ellos esperando el momento adecuado para contar que iban a tener un hijo. Al menos Marianna no podría echarle la culpa a él, pensó.

—Eso responde a muchas preguntas —sonrió Matthew—. Como, por ejemplo, por qué os lleváis tan bien de repente.

—El día que se desmayó en el Juzgado descubrimos que estaba embarazada. Queríamos encontrar el momento adecuado para contároslo... una vez que hubiéramos tenido la oportunidad de hacernos a la idea.

Su hermano le dio un golpecito en el hombro.

—Enhorabuena.

—Me alegro mucho por los dos —dijo Ginger—. Un niño siempre es motivo de felicidad.

Sí, desde luego. Pero él sólo quería ver a Marianna y... maldita fuera, seguía preocupado por su hermano. ¿Cómo podía haberse olvidado de Kyle?

—Marianna y yo iremos a la finca en cuanto...

—Tú tienes que quedarte con tu mujer toda la noche. Te llamaremos en cuanto sepamos algo

—lo interrumpió su madre.

Sebastián vaciló, el deseo de saber algo sobre su hermano luchando contra su preocupación por Marianna.

—¿Estás segura?

—Lo único que podemos hacer es esperar. Ve con el a, hijo.

Tenía razón. Él no podía ayudar a Kyle, pero sí podía cuidar de su mujer.

—Pasaremos por allí mañana a primera hora. O en cuanto nos sea posible Y cuando hubiera pasado la preocupación de su madre, Sebastián pensaba dejar claro que Marianna seguía siendo parte de la familia. Sí, conseguiría enderezar su vida.

Nunca podría recuperar a Sophie, pero no iba a dejar que nadie le robara de nuevo a su hijo, ni siquiera la testaruda de su mujer.

Marianna apoyó la frente en la fría superficie del cristal, mirando las casas que pasaban a su lado. Eran las casas de sus vecinos, su vecindario desde que Sebastián volvió a la finca de sus padres.

¿Sólo habían pasado un par de horas desde que Sebastián y el a corrieron hacia la casa, esperando ser «amigos con derecho a roce»? Ahora no sabían si Kyle estaba vivo o muerto. El os mismos podrían haber muerto por culpa de un conductor borracho.

La vida tenía por costumbre dar las cartas que le parecía bien. Como su embarazo adolescente, por ejemplo. Y la trágica pérdida del niño. ¿Las cosas hubieran sido diferentes para el a y para Sebastián si hubiera insistido en esperar hasta que se conocieran un poco mejor?, se preguntó.

Cuando Sebastián detuvo el coche frente a la casa, Marianna, con una mano sobre su abdomen, levantó los ojos. Las dos personas más importantes del mundo para el a estaban bien.

Debería alegrarse de eso, pero seguía inquieta. Sí, Sebastián era mucho más que un «amigo con derecho a roce». Pero ¿qué había cambiado entre ellos? No era fácil desembarazarse de los sentimientos sólo por haber firmado un acuerdo de divorcio.

Aunque no podía resolver nada esa noche con el miedo del accidente atenazándola todavía. Y

sin saber cuál había sido el destino de Kyle.

Sebastián abrió la puerta y dio la vuelta al coche para ayudarla a salir. Mientras se dirigían a la casa, Marianna no podía dejar de comparar aquel sombrío paseo con el que habían dado unas horas antes. Sí, le haría falta el consuelo de sus brazos, pensó.

¿Y si él quería retomar lo que habían dejado a medias? No sabía si eso sería sensato, pero sabía que tenía que ser sincera con él.

Buddy los recibió en el pasillo, tan alegre como siempre, y Marianna lo sujetó por la correa para que no saliera corriendo al jardín.

—No sé si deberíamos acostarnos juntos esta noche.

Sebastián guardó las llaves en el bolsillo.

—Tienes que descansar. Te despertaré cada dos horas.

Se había rendido tan fácilmente que Marianna no sabía si sentirse aliviada o insultada.

—Siento que no puedas estar con tu familia en este momento. Debes de estar muy preocupado por Kyle. Yo misma estoy preocupada por él.

El se inclinó para acariciar la cabecita de Buddy.

—Yo no puedo hacer nada por mi hermano y Matthew ha prometido llamar si tenían alguna noticia. Además, estoy donde debo estar. Mi hijo y tú sois mi familia.

La sinceridad de sus palabras la conmovió.

—El niño está bien, puedes dejar de preocuparte por eso al menos.

Sebastián apretó los labios, sacudiendo la cabeza.

—No debería haberte dejado subir al coche. Debería haber insistido en que te quedases aquí...

¿Se sentía culpable por el accidente? Eso era injusto... y una carga tan pesada.

—No ha sido culpa tuya. El otro conductor estaba borracho.

Él la agarró por los hombros, su rostro tenso de dolor.

—Pensé que ibas a morir esta noche, Marianna.

Sus palabras eran un eco de las que había pronunciado nueve años antes, cuando despertó después de la operación, el embarazo ectópico rompiendo una de sus trompas.

Y, de repente, se dio cuenta de lo mal que Sebastian debía de haberlo pasado esa noche, reviviendo el pasado. ¿Podría haberse culpado a sí mismo por lo que pasó esa noche también?

—Sebastián...

No sabía qué decir. Pero entonces él selló sus labios con una fiera, con una urgencia que tocó su corazón. Cada una de sus caricias tirando las barreras emocionales que él a había intentado levantar para protegerse. La primera y única admisión de miedo por parte de Sebastián la hacía sentir más débil que el roce aterciopelado de su lengua y, sin pensar, metió la mano bajo su chaqueta para acariciar su torso.

Necesitaba aquel a conexión, aunque sólo fuera física. Dejando escapar un gemido, le echó los brazos al cuello y sus bocas se encontraron con el familiar pero inexplicable frenesí que había empezado a ver como algo inevitable.

Él acariciaba sus pechos por encima de la tela del vestido, la rigidez de las puntas como respuesta, un eco de su deseo.

Pero entonces se detuvo.

—¿Te parece bien...?

—Estoy bien —dijo él a, desabrochando su camisa—. La doctora

Cohen ha dicho que el niño y yo estamos bien. De hecho, es bueno para mí estar despierta. —Pero si...

—Estoy bien —repitió Marianna entre beso y beso mientras subían la escalera, dejando ropa tras ellos, su chaqueta, los zapatos de el a...

Sebastián se detuvo en el rel ano, apretándola de nuevo contra la pared. Y el a no quería pensar en el día siguiente ni en el pasado. Lo que quería era hundirse en el deseo que sentía por su marido.

Y, aparentemente, los sentimientos de Sebastián no eran muy diferentes porque el ardor con que la besaba hacía que le temblasen las rodillas.

Una sombra blanca llamó su atención y, al levantar la cabeza, vio su camisa volando por la escalera. ¿Cuándo se la había quitado? Aunque le daba igual mientras pudiese tocarlo.

El vestido se deslizó por sus hombros, de nuevo sin saber cómo. Y, de nuevo, le dio igual mientras fuera él quien lo apartase.

Sebastián apoyó las dos manos en la pared y se inclinó hacia delante, el cálido aliento masculino enviando escalofríos por su espina dorsal, para buscar sus labios de nuevo. Marianna, enredando los dedos en su pelo, abrió la boca, hambrienta, y sus lenguas se enredaron en una batalla de voluntades que prometía mucho si ninguno de los dos se rendía.

Pero el último tramo de escaleras le parecía una excursión interminable y se apoyó en él para no caer al...

Sí, al suelo. El suelo era perfecto, inmediato. Porque esos últimos escalones que parecían imposibles le darían tiempo para entrar en razón y apartarse de algo que deseaba, que necesitaba.

Sebastián la tumbó con cuidado sobre la alfombra.

—¿Ahora? ¿Aquí?

—Sí, aquí.

Marianna restregó sus caderas contra él, disfrutando como nunca de esa proximidad. Y

Sebastián, enredando sus piernas con las suyas, metió una mano bajo el sujetador para acariciar sus hinchados pechos...

—Pensé que no querías sexo esta noche —dijo con voz ronca.

—Y así es —murmuró Marianna—. Quiero que hagamos el amor otra vez.

Y sí, quería eso aunque sabía que era imposible.

Sus ojos azules se volvieron de un gris que el a conocía bien. El gris que decía que estaba intentando distanciarse de sus emociones. Emociones que Sebastián llamaba «dramones» en los meses previos al divorcio. Pero si le daba tiempo para pensar, perderían la oportunidad que tenían esa noche.

—Date prisa —mordiéndose los labios, Marianna desabrochó su cinturón y lo liberó con lentas y deliberadas caricias.

Sebastián, con la mano temblando mientras le quitaba el sujetador y las braguitas, se apoyó en un codo para mirarla. La miraba con tal admiración que sólo una mujer comatosa podría no disfrutarlo.

Comatosa. La palabra le hizo recordar ese momento terrible en el coche, los primeros segundos cuando despertó en el hospital. Todo ello recordándole lo que podía haber perdido.

Y convenciéndola de que debía aprovechar lo que pudiera porque la vida era tan inesperada, tan injusta.

Lo guió dentro de el a, con cuidado, despacio, pero él se apartó.

—Mírame.

Marianna levantó la cabeza, pero no abrió los ojos.

—Marianna, mírame.

Ella tardó un segundo en hacerlo, temiendo lo que pudiera ver en sus ojos.

—Muy bien, te estoy mirando —dijo por fin.

Las pupilas de Sebastián estaban tan dilatadas que el azul era casi invisible.

—Di mi nombre.

—¿Qué?

¿De qué estaba hablando y cómo podía pensar... y mucho menos hablar?

—Di mi nombre.

Marianna intentó besarlo, pero él se apartó.

—Sebastián —murmuró, acariciando sus hombros—. Sebastián...

Se apretaba contra él, deseando que perdiese el control. Era tan frustrante perder el control en cuanto la tocaba con las manos, los ojos, incluso con sus palabras.

Cerrando los ojos, dejó que él marcara el ritmo, llevándola hasta el final con cada embestida de su cuerpo.

Un millón de sensaciones explotaron dentro de el a mientras repetía su nombre una y otra vez, arqueando la espalda...

Dejando escapar un grito ronco, Sebastián enredó los dedos en su pelo, los espasmos sacudiendo su cuerpo hasta que por fin cayó de lado, llevándola con él.

Con el cuerpo cubierto de sudor, las piernas enredadas en las de su marido como un extraño lazo del que no podía soltarse, Marianna supo que subir ese último tramo de escaleras no era ya una preocupación.

## CAPÍTULO 09

Sebastián estaba en su propia cama por primera vez en ocho meses. Despierto. Pero no habría podido dormir aunque no tuviese que despertar a Marianna cada dos horas.

Esperando que sonara el teléfono para saber algo de su hermano.

Intentó distraerse entrando en el ordenador de Marianna para acceder a su cuenta corriente.

Quería buscar el mejor fideicomiso para su hijo. Y sí, pasó mucho tiempo intentando imaginar cómo iba a convencerla de que dejase su trabajo y se tomara las cosas con calma. ¿Era malo por su parte querer cuidar de el a, especialmente en una noche como ésta, cuando había quedado tan claro lo frágil que era la vida?

Los toldos de la terraza se movían con la brisa. Y, sin duda, él mismo necesitaba un poco de aire después del ejercicio que habían hecho en la escalera y luego en la cama.

De vuelta en la habitación, enredó un mechón de pelo en su dedo, con cuidado para no despertarla. Luego miró el reloj: las 4:25. Aún faltaban cinco minutos y no pensaba despertarla ni un segundo antes.

Después de tanto tiempo separados, agradecía la oportunidad de mirarla tan de cerca. Un pálido hombro asomaba por encima de la sábana y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarla...

¿Qué demonios había pasado mientras iban al dormitorio? El quería sexo por el olvido que había sido capaz de encontrar en su cuerpo en el pasado.

Pero hacer el amor con el a había sido todo menos pacífico. Marianna lo había clavado con sus ojos, aumentando su enardecido deseo y, a la vez, haciendo que deseara dar marcha atrás. Su mujer necesitaba algo más que él... siempre había sido así.

Tendría que distraerla con lo que hacían tan bien para que olvidase aquello por lo que chocaban. Sebastián miró el reloj de nuevo: las 4:30.

Apartó la sábana poco a poco, besando sus pechos, su estómago, sus caderas... hasta que el a empezó a moverse. Marianna se estiró con una gracia felina que lo excitó de nuevo. Pero no.

Necesitaba más tiempo para levantar sus defensas antes de que el a lo emboscara con otro

«quiero hacer el amor».

—¿Estás despierta?

—Ahora sí —sonrió el a, abriendo los ojos.

Sebastián acarició tiernamente su cara.

—¿Cuántos dedos?

—Tres.

—Perfecto.

—¿Hay alguna noticia sobre Kyle?

—No, nada. Pero confío en el viejo dicho: cuando no hay noticias es buena noticia—suspiró él

—. ¿Quieres comer algo antes de que empieces con las náuseas matinales?

Marianna lo estudió con cara de preocupación durante un segundo antes de ofrecerle la sonrisa que necesitaba.

—¿Sabes lo que quiero? —le preguntó, sentándose en la cama—. Chocolate blanco o manteca de cacahuete.

Mientras Sebastián se ponía los calzoncillos, el a se envolvió en la sábana.

—El último que llegue a la cocina tiene que dar de comer al otro... desnudo.

—En cualquier caso, los dos vamos a ganar.

Sebastián corrió tras el a, ansiando el placer de llevar comida a sus labios y ver el éxtasis en su rostro. Ni siquiera el estudio en el que estaba encendido el ordenador podía competir con lo que Marianna podía ofrecerle en aquel momento.

Ella encendió la luz de la cocina, iluminando el moderno espacio. Se había tomado su tiempo para decorarla porque quería que fuera un sitio para divertirse cocinando.

Los recuerdos lo emboscaron entonces...

Recuerdos de Marianna eligiendo los electrodomésticos más modernos del mercado.

Recuerdos de el a sobre una escalera, colocando cacerolas.

De su hija dormida en un moisés, al lado de la mesa, o de Marianna moviendo la mecedora con el pie mientras cortaba verduras...

Definitivamente diferente a lo que estaban haciendo ahora.

—Siéntate y prepárate para que te dé de comer.

Marianna se sentó en un taburete mientras él abría la nevera. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que hicieron eso? No lo recordaba. La diversión había desaparecido de su matrimonio mucho tiempo atrás.

Se preguntó ahora cómo había dejado que eso pudiera pasar cuando la risa desinhibida de Marianna era una de las cosas que más le gustaban de el a. Y esa noche, con el pasado repitiéndose y la preocupación por Kyle, les haría falta.

Sebastián sacó una botella de agua mineral y la dejó sobre la encimera, al lado del cesto de fruta. Y cuando miró en la despensa comprobó que había guardado allí todos los tarros de chocolate y

mantequilla de cacahuete que le había regalado. Y que estaban casi vacíos.

—¿Qué tendrá el chocolate que le gusta a todo el mundo?

—Debe de ser algo que viene de la infancia. Todos los niños comen chocolate.

No era buen momento para sacar a la luz recuerdos de infancia, pero hablar de Kyle era más fácil que pensar en Sophie, especialmente porque tenía que creer que su hermano estaba vivo.

—Kyle y yo solíamos comer bocadillos de mantequilla y chocolate cuando éramos pequeños.

Ella levantó la mirada y Sebastián vio que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Siempre os habéis llevado muy bien.

—Más cuando éramos pequeños, antes de empezar a trabajar.

Esperaba que el a hiciese algún comentario irónico sobre el tiempo que le dedicaba al trabajo pero, por una vez, no lo hizo.

—Cuando teníamos nueve o diez años, nos pasábamos el verano jugando en un bosque detrás de la casa. Bueno, a nosotros nos parecía un bosque. Seguramente sólo serían unos cuantos árboles.

Sebastián cortó la manzana en trozos hasta que sólo quedó el corazón.

—Estábamos allí todo el día —siguió—. Nos llevábamos pan con chocolate y hacíamos túneles.

—¿Túneles? —repitió el a, apoyando los codos en la encimera.

—Hacíamos trincheras —sonrió Sebastián, recordando esos tiempos—. Tuvimos suerte de no morir enterrados bajo la tierra. Podríamos habernos asfixiado...

—¿Y qué decía tu madre?

—Nunca lo supo —contestó él— Jonah hacía guardia y nos avisaba si llegaba alguien.

—¿Y cuánto teníais que pagarle para que hiciera eso?

—¿Quién ha dicho que le pagásemos nada? —riendo, Sebastián tiró a la basura el corazón de la manzana—. Era el más pequeño, hacía lo que le decíamos.

—Pobrecito —rió Marianna—. ¿Y Matthew?

—Matthew era demasiado obediente, así que nunca le contamos nuestro secreto —intentaba no entristecerse por los recuerdos, pero no era fácil—. A Kyle le encantaba hacer trincheras... Debería haber sabido entonces que acabaría en el ejército.

Marianna bajó del taburete y le pasó un brazo por la cintura, apoyando la cabeza en su pecho...

pero Sebastián intentó apartarse. La preocupación por su hermano



lo ahogaba, pero no iba a dejar que le impidiese respirar. Especialmente delante de Marianna.

Pero cuando él la levantó la cabeza para besar su cuello, el nudo que tenía en la garganta se hizo más grande. Tenía que apartarse, y pronto, o dejaría al descubierto sus emociones.

De modo que la tomó entre sus brazos para sellar sus labios con un beso.

Sabiendo que Sebastián había rechazado su consuelo como tantas otras veces, Marianna decidió volver a la vieja costumbre de perderse en el sexo. Caer en un patrón antiguo era mucho más fácil que crear uno nuevo, se dijo. Pero la historia de su infancia con Kyle seguía conmoviéndola.

Y el silencio de la casa le recordaba lo sola que se había sentido esos últimos meses.

—Has perdido la carrera a la cocina. Se supone que deberías darme de comer —murmuró, levantando las manos para tocar sus definidos pectorales, formados a base de horas en el agua y en el campo de golf.

—Sí, es verdad —asintió él.

Mirando sus ojos oscurecidos, Marianna pasó un dedo por la cinturilla de los calzoncillos. Y su ronco gemido de placer la animó a continuar bajándolos poco a poco...

—No sabes cuánto me gustas.

—Seguramente tanto como tú a mí. Deshaciéndose de los calzoncillos a toda prisa, Sebastián le quitó la sábana de un tirón para deslizarse en ella con lentitud, profundamente, llenándola del todo. Marianna cerró los ojos y arqueó la espalda para acomodarlo mejor. Enredando los tobillos en su cintura, disfrutó estando con su marido otra vez,teniéndolo todo para él esa noche.

¿Y al día siguiente?, se preguntó. Pero no podía dejar que ese triste pensamiento arruinase el encuentro. No, sólo quería sentir.

Cuando él dejó de moverse un momento, Marianna levantó la cabeza. Aunque no debería haberlo hecho. Los ojos azules de Sebastián brillaban con una intensidad familiar; la intensidad del deseo. Eso era lo que había entre ellos, nada más. Sebastián no había cambiado aunque, tontamente, él la siguiera confiando en esa posibilidad.

Enterrando la cara en su cuello, movió las caderas contra él y le siguió el ritmo mientras la embestía con una fuerza que la hizo gritar de placer antes de que Sebastián la siguiera en una explosión de sensaciones.

Luego se dejó caer sobre su pecho, intentando llevar aire a sus pulmones. No sabía cuánto tiempo habían estado así y le daba igual

porque Sebastián la tomó en brazos para volver al dormitorio que una vez habían compartido.

Después de dejarla suavemente sobre la cama, se dio la vuelta para poner el despertador.

¿Para ir a trabajar?

Marianna recordó entonces el golpe que se había dado en la cabeza y la orden de la doctora de que la despertase cada cierto tiempo. Le parecía como si el accidente hubiera ocurrido años antes.

Habían pasado tantas cosas en ese tiempo... ni siquiera había vuelto a pensar en él desde que volvieron a casa.

Marianna miró hacia la ventana, la luz de la luna entrando por las cortinas entreabiertas. Las sombras bailaban por las paredes, cambiantes como su turbulenta vida. Dándose la vuelta, miró la causa de esa turbulencia durmiendo a su lado.

Las dudas amenazaban el poco terreno común que habían encontrado Sebastián y el a esa noche. Porque cuando la llevó al dormitorio de nuevo había visto la pantalla del ordenador encendida y sabía que el a no la había dejado así. No tenía que preguntarle si había estado trabajando.

Marianna se llevó una mano al abdomen, intentando imaginar a su hijo. Quería a ese hijo, lo necesitaba. Pero no estaba segura de qué iba a hacer con el padre, aquel hombre complejo que evocaba emociones que había creído perdidas para siempre.

El sonido del teléfono despertó a Marianna. Y la realidad volvió tan claramente como la luz del sol que entraba a través de las cortinas.

El teléfono volvió a sonar. ¿Sería Ginger para darles alguna noticia sobre Kyle?

Alargó una mano para tocar a Sebastián, pero su mano cayó en un espacio vacío. ¿Dónde estaba? ¿De vuelta en el ordenador, trabajando?

Cuando se dio la vuelta para contestar al teléfono había dejado de sonar y la lucecita indicaba que alguien había contestado desde otro aparato. El número que aparecía en la pantalla era el de Ginger.

Sebastián no se había ido, pensó, aliviada, mientras saltaba de la cama para ponerse una bata de seda. Sabía que la llamada tendría que ver con Kyle y, fuera cual fuera la información, tenía que estar a su lado.

Pero al oír su voz se detuvo. Porque llegaba de...

El dormitorio de Sophie.

Se le encogió el estómago al pensar en esa habitación de cortinas blancas, papel pintado con rosas diminutas y recuerdos. ¿Habría entrado allí porque era la habitación que estaba más cerca cuando

sonó el teléfono? Tenía que ser eso porque Sebastián nunca había vuelto a poner el pie en ese cuarto desde que Sophie desapareció de sus vidas.

Se detuvo en la puerta y estudió el perfil de su marido, sentado en la mecedora donde los dos habían pasado interminables noches intentando que Sophie se durmiera.

—Sí, de acuerdo —estaba diciendo—. Ésas son muy buenas noticias, general. ¿Cuándo podremos hablar con Kyle?

Marianna se dejó caer sobre el quicio de la puerta, aliviada. Su hermano debía de estar bien.

Gracias a Dios.

Aunque no dejaba de mirar a Sebastián, podía ver el cuarto que habían decorado juntos con tanto amor. Cada detalle del cuarto estaba en su mente, desde los alegres muebles de cerezo al papel pintado.

Incluso el aroma de Sophie parecía haberse quedado allí después de tanto tiempo. Aquel aroma a colonia de bebé, a esperanza...

Marianna tuvo que tragar saliva.

—Gracias por llamar. Si logras hablar con Kyle, dile que me alegro mucho de que su habilidad haciendo trincheras le haya servido de algo. Sí, buenas noches... bueno, en realidad buenos días.

Después de colgar, Sebastián enterró la cabeza entre las manos.

Ella estuvo a punto de correr a su lado para consolarlo, pero recordó que se había quedado inmóvil en la cocina cuando lo abrazó. El sexo, sin embargo, le había parecido mejor que otro rechazo, una reacción que había sufrido muchas veces durante su matrimonio después de que Sophie se fuera. No, no iba a acercarse porque sabía lo que iba a pasar: Sebastián volvería a ponerse en plan severo, negándose a pensar en tonterías como la emoción o el dolor.

De modo que lo dejaría solo un momento, decidió. Iba a darse la vuelta cuando Sebastián volvió la cabeza.

—No te vayas.

Por una vez no había barreras entre los dos; sólo un hombre agotado, asustado. Y, sin embargo, parecía más fuerte que nunca. ¿Habría cambiado algo? ¿Lo que él a había empezado a sentir de nuevo podría sentirlo él también?

—¿Sabías que estaba aquí?

—Siempre sé cuándo entras en una habitación.

—Parece que Kyle está bien, ¿no?

—No tiene un solo rasguño —le confirmó él—. Aunque derribaron el avión, todos sobrevivieron al accidente y salieron huyendo para evitar a los rebeldes. Por eso la misión de rescate tardó más de lo previsto.

—Esas horas han debido de ser horribles para tu hermano.

—No quiero ni pensarlo.

Claro que no. Sebastián acostumbraba a olvidar el pasado y seguir adelante como si no ocurriera nada.

Marianna pasó los dedos por la puerta abierta del armario. Dentro podía ver el vestidito blanco del bautizo de Sophie. Y le producía tal dolor que casi desearía tener la amnesia de su ex marido.

Él señaló las bolsas que había en la cuna.

—Veo que has ido de compras... para el niño.

Marianna miró las bolsas llenas de vestiditos rosas y se le hizo un nudo en la garganta. El olvido era imposible y no podía contenerse más. Si Sebastián quería volver a estar con el a, tendría que aceptar quién era y cómo lidiaba con la vida. Tendría que aprender a cambiar.

—¿Piensas en el a alguna vez? —le preguntó, los ojos llenos de dolor.

## CAPÍTULO 10

«¿Piensas en el a?».

La pregunta de Marianna parecía quemarlo por dentro. No tenía que preguntarle a quién se refería. Sólo con hablar de Sophie parecía devolverla a aquel a habitación. Casi podría jurar que oía los gorgoteos de su hija y tuvo que hacer un esfuerzo para soltar los brazos de la mecedora antes de que se le durmieran los dedos.

El instinto le decía que debía cortar la conversación, como hacía siempre, pero si quería solucionar las cosas con Marianna, no podía cometer los mismos errores que había cometido en el pasado. Tenía que aceptar que la pérdida de Sophie, y su negativa a compartir el dolor con su mujer, era el problema más serio en su matrimonio.

—Pienso en el a todo el tiempo —dijo por fin.

Aunque intentase olvidarla, aunque no quisiera ni recordar su nombre, no dejaba de preguntarse si estaría bien, si estaría calentita y bien cuidada. Si la querrían.

Marianna se detuvo frente a la cuna, tocando los barrotes de madera que no se levantarían nunca más para su hija.

—Cumple un año esta semana.

—Lo sé.

Ella tomó una de las bolsas y sacó un vestidito rosa, rozando con el dedo las margaritas bordadas en el cuello.

—Fui a comprarle estas cosas hace unos días. Sé que no voy a poder dárselas, pero necesitaba... no podía dejar pasar su cumpleaños sin celebrarlo de alguna forma.

Luego sacó una muñeca de trapo, con la etiqueta puesta.

—¿Qué vas a hacer con todo eso? —preguntó Sebastián.

—No lo sé, donarlo a alguna parroquia.

—Es un bonito gesto.

El debería haber pensado en donar una cantidad de dinero anual a alguna asociación benéfica en nombre de Sophie. Y no era demasiado tarde para hacerlo.

—¿Qué más has comprado?

—Vestidos y cosas prácticas para jugar en el parque. Baberos, zapatitos —Marianna sacó un oso de peluche y lo apretó contra su corazón—. Lo hicieron especialmente para el a... ya sabes a qué tienda me refiero.

—Sí, lo sé —murmuró él.

—Antes de hacerlo te dan un trocito de tela roja para que formules un deseo y luego lo meten dentro —una lágrima asomó a sus ojos—. Así que pedí que Sophie fuera muy feliz, que cuidasen muy bien de el a.

Sebastián tuvo que tragar saliva, los recuerdos ahogándolo.

—Me estás matando.

—Lo siento —Marianna dejó el osito en la cuna—. Sé que no te gusta hablar de el a.

—No es eso —admitió él por fin—. Lo que me mata es no haber estado a tu lado cuando nos la quitaron.

—A ti también te dolió mucho, aunque intentaras disimular.

Estaba siendo más magnánima de lo que había esperado y, seguramente, más de lo que merecía.

—Gracias por decir eso.

—Sé que debería sentirme feliz porque estoy embarazada —Marianna se llevó una mano al abdomen—. Y lo estoy, de verdad.

—Cada niño es tan importante como el otro.

¿No había dicho su madre eso mismo en el hospital? Sebastián miró una fotografía que había sobre la cómoda: Marianna, Sophie y él, el día del bautizo de la niña.

¿Reconocería a su hija si se cruzara con el a por la cal e? Le gustaría pensar que sí, pero no podía estar seguro... los niños cambiaban tan rápidamente. Pero había llegado el momento de aceptar que, aunque él la reconociese, Sophie no sabría quién era.

—¿Sebastián? —Marianna tomó su mano—. Quiero que sepas que no me dejaste sola. Me abrazabas, a veces muy tarde por la noche, cuando no podía dormir.

—No me acuerdo de eso —suspiró él—. Esos días son como un borrón para mí...

—Me abrazabas, pero no dejabas que yo te abrazase a ti. Aunque ahora eso no importa. Sé que la echas de menos y sé también que te da miedo querer a otro niño.

Sebastián rozó sus labios, resistiendo el deseo de apartarse. Por alguna razón, a Marianna le gustaba recordar el pasado y eso era algo que le resultaba insoportable.

Pero besar a su mujer tenía un atractivo que no había apreciado del todo hasta que el privilegio dejó de ser suyo.

Su mujer.

Aunque no tenía la menor duda de que podría conquistarla de nuevo, se alegraba de que las cosas fueran más rápido de lo que había previsto.

Cuanto antes hubiese recuperado a su familia, mejor para todos.

Sentada en el coche de Sebastián, Marianna apenas podía creer todo lo que había pasado desde que subió a ese mismo coche el día anterior.

Ellavión de Kyle había sido derribado, pero él estaba bien.

El accidente y el viaje a Urgencias.

Hacer el amor con Sebastián... sí, había empezado a pensar que estaban haciendo el amor otra vez.

Que él le hubiese abierto su corazón en el cuarto de Sophie seguía sorprendiéndola, pero la llenaba de esperanza. No se había abierto del todo, claro; su marido no era así.

¿Ex marido?

Aún no se había acostumbrado a pensar en él en esos términos y, por una vez, no estaba rechazando del todo la posibilidad de que pudieran volver a estar juntos.

Si fuera paciente con el a, si le demostrase que quería cambiar.

Sebastián detuvo el coche en el aparcamiento de su oficina, una casita en la playa.

—Vendré a buscarte en cuanto salga de trabajar. Y creo que terminaré pronto porque el juez que me ha tocado hoy tiene fama de mirar el reloj.

—Te agradezco que te tomes la tarde libre.

—Lo estoy intentando, Marianna.

—Y eso significa mucho para mí —el a se miró las manos—. Por cierto, anoche estuviste trabajando en el ordenador.

—No podía dormir... pensando en Kyle.

Marianna tomó su cara entre las manos para besarlo. Había hecho tanto para ganársela que había llegado el momento de que el a pusiera algo de su parte, pensó.

Sebastián puso una mano sobre su estómago como para tocar al niño y Marianna sintió el deseo de apoyarse en él y cerrar los ojos. Pero no podía dejar de pensar que estaban reviviendo el pasado. Habían pasado por eso mismo mientras esperaban la adopción de Sophie, sonriendo para disimular la preocupación hasta que ya no pudieron hacerlo.

—Si seguimos así, el coche acabará rodeado de gente —bromeó—. Pero te prometo que seguiremos por la noche.

—Es una cita —asintió él, guiñándole un ojo.

Después de darle un beso en la frente volvió a colocarse frente al volante y desapareció al final de la calle.

¿Podía estar mirando los faros del coche como si fuera una adolescente enamorada otra vez?, se preguntó Marianna. Quizá. Pero el miedo a que Sebastián simplemente estuviera siguiéndole la corriente por el niño, como había hecho cuando Sophie entró en sus vidas, era demasiado profundo.

¿Podría creer algún día que estaba genuinamente interesado en el a? ¿Podría confiar en su marido del todo?

Cuando entró en la oficina, encontró a Ross en su despacho.

—Hola, Marianna. Tengo que hablar contigo un momento.

—Dime.

Su jefe cerró la puerta y se volvió hacia el a con el ceño fruncido.

—No pensarás volver con tu marido, ¿verdad?

—¿Estabas vigilándonos? —preguntó el a, tirando su bolso sobre la mesa.

—Estabais en la puerta, a la vista de todo el mundo —respondió Ross—. Sólo quería saber si estabas bien.

La actitud de su jefe no era muy profesional últimamente. ¿Podría tener razón Sebastián?

—Agradezco mucho que te preocupes por mí, pero esto no es asunto tuyo.

—Quiero pensar que nuestra relación es algo más que la de jefe y empleada. Me considero tu amigo.

Amigos, claro. Marianna se relajó un poco. Pero ni siquiera por Ross podía contener sus emociones y su costumbre de decir lo que pensaba:

—Yo también, pero incluso un amigo debe ser cauto cuando se trata de las relaciones sentimentales del otro.

—Mira, Marianna... —Ross metió las manos en los bolsillos del pantalón—. He hecho lo posible por disimular mientras estabas con él. Las mujeres casadas son intocables para mí.

Oh, no. Su radar femenino empezó a dar la señal de alarma.

—Como tiene que ser.

—Pero ahora no estás casada —siguió él—. Había decidido esperar hasta el divorcio, pero estoy empezando a pensar que no tengo mucho tiempo.

Marianna tragó saliva. Le molestaba que dijera eso cuando el a jamás le había dado la menor indicación de que estuviera interesada en una relación sentimental con él. Además, Ross la había visto besar a Sebastián cinco minutos antes.

—No digas nada más —lo interrumpió.

Debía hacerle entender que no tenía la menor oportunidad con el a y tenía que hacerlo antes de que su relación profesional con Ross Ward quedase rota para siempre.

—Lo lamentaré durante el resto de mi vida si no te digo lo que siento —Ross se acercó y Marianna tuvo que dar un paso atrás—. Sebastián no te aprecia como debería.

—Ross...

—Dame una oportunidad de demostrarte cómo podría ser entre nosotros —siguió él, atrayéndola hacia sí.



Marianna puso una mano sobre su pecho para empujarlo antes de que hiciera algo que lamentaría después. O el a dijera algo que no pudiese retirar.

—Mira, vamos a hablar razonablemente...

La puerta del despacho se abrió entonces. Ah, genial. ¿Qué pensaría la recepcionista?

—Hola, preciosa —oyó la voz de Sebastián—. Se te ha olvidado el desayuno...

Marianna se apartó de Ross, buscando algo que decir que no fuera el tópico: «no es lo que parece». Ella misma estaba aún tan sorprendida por la escenita que apenas podía entender lo que pasaba.

—Vamos a portarnos como adultos sensatos...

Él sacudió la cabeza, sin dejar de mirar al otro hombre.

Era increíble. Su marido tenía que entrar precisamente en ese momento, confirmando de primera mano todas sus sospechas.

—Si sales un momento, podemos hablar...

—¿Hablar? —repitió Sebastián—. No, no lo creo. Pero sí sería buena idea que tú salieras del despacho.

—¿Ross? —suspiró Marianna—. Sal de mi despacho, por favor.

—No voy a dejarte sola con él.

—¿Estás insinuando que yo le haría daño a Marianna? —le espetó Sebastián, furioso—. Eres tú quien le hace daño intentando coquetear con el a en la oficina.

Marianna se colocó entre los dos hombres.

—Por favor, callaos un momento...

Pero ninguno de los dos estaba escuchándola.

Sebastián la empujó a un lado suavemente y se dio la vuelta para mirar a Ross Ward.

—Sólo voy a decir esto una vez: aléjate de mi mujer.

—Ya no es tu mujer.

—¿Cómo que no? Está esperando un hijo mío.

Marianna estuvo a punto de soltar una carcajada al ver la expresión de su jefe. Y si no estuviera tan enfadada, lo habría hecho. Estaba enfadada con Sebastián por decirle lo del embarazo sin contar con el a y con Ross por portarse como un crío. Además, su marido debería saber que podía confiar en el a.

Todo habría sido mucho más fácil si la hubiera dejado hablar. Si hubiera podido decirle a Ross que, sencillamente, estaban intentando solucionar sus problemas maritales.

Aparentemente, Sebastián sólo podía cambiar poquito a poco. Marianna abrió la boca para pedirle a Ross que se disculpase por pasarse de la raya...

Pero no pudo decir nada porque su ex marido levantó el puño y lo lanzó contra quien pronto sería su ex jefe.

Sebastián estuvo a punto de sonreír al ver que Ross caía sobre el sofá como un fardo.

Estaba más que furioso. Aquel canal a no perdía el tiempo. Y que sus sospechas hubieran sido confirmadas sólo servía para aumentar su ira.

Pero cuando se volvió para salir del despacho, Ross se levantó del sofá y se lanzó sobre él.

Sebastián cayó sobre la pared, sorprendido, pero la sorpresa duró poco. Cara a cara con el objeto de tantas discusiones en su matrimonio, no podía controlar la furia.

En alguna parte de su cerebro oyó voces de gente que se acercaba a la puerta y a Marianna gritar que parasen, pero no estaba dispuesto a parar.

La miró de reojo para comprobar que estaba a una distancia razonable y Ward aprovechó para darle un puñetazo.

Y le dolió. Tanto que lanzó el puño con todas sus fuerzas hacia su mandíbula para tirar al imbécil sobre un sillón.

Eso pareció ser suficiente para Ward, aunque lo mantuvo vigilado por si lanzaba un ataque sorpresa.

—¿Vas a tener un niño? —preguntó, atónito.

Marianna asintió, haciendo un gesto de rabia.

—Sí, estoy de dos meses.

¿Por qué hacía ese gesto de rabia?, se preguntó Sebastián. Si alguien debía estar furioso, era él.

Ward se había atrevido a tocar a su mujer...

Cada vez que lo pensaba lo veía todo rojo.

Agarrándose a los brazos del sillón, Ross movió la mandíbula para comprobar si se la había roto.

—Voy a demandarte por esto —Ward miró a las personas que se habían reunido en la puerta, la recepcionista y dos extraños que debían de ser clientes—. Vosotros sois testigos de lo que ha pasado aquí.

Sebastián dio un paso adelante.

—Hazlo, no me importa. Yo presentaré una contrademanda. Incluso un estudiante de primer año de Derecho sabría que tu comportamiento puede calificarse como acoso sexual.

Marianna cerró la puerta y se volvió para mirarlos a los dos.

—Callaos de una vez. Yo no soy propiedad de nadie y puedo defenderme sola —les espetó, antes de volverse hacia su jefe—. ¿Te importa salir un momento para que pueda hablar con el padre de mi

hijo?

Mientras Ross salía del despacho, Sebastián parpadeó, sorprendido. Que reconociera oficialmente a su hijo lo hizo sentir algo... algo que no había sentido desde que llevaron a Sophie a casa.

Y, por primera vez, no quiso dejar de pensar en la niña que había sido su hija durante cuatro meses. Al contrario, dejó que la carita de Sophie se formase en su mente hasta que Marianna se plantó delante de él con cara de pocos amigos.

—Parece que tenías razón: Ross siente algo por mí. Aunque yo no me había dado cuenta.

—¿Quieres que saque tus cosas ahora mismo?

—No tomes decisiones por mí, Sebastián. Si decido marcharme, yo misma guardaré mis cosas.

—¿Vas a quedarte aquí? —exclamó él, frustrado—. Tu jefe estaba a punto de besarte...

—Olvidas algo muy importante —lo interrumpió Marianna— Que Ross no me interesa nada, así que no tienes por qué estar celoso.

Sebastián la agarró por las muñecas.

—Pero quiere acostarse contigo. Esa es razón suficiente.

—También hay mujeres por ahí que quieren acostarse contigo. ¿Qué quieres que haga, que las tire del pelo? Pues claro que no —Marianna se apartó, suspirando—. Necesito que confíes en mí.

Ya no soy una adolescente y puedo cuidar de mí misma.

—Estás dándole la vuelta al asunto —insistió él. Su lógica de abogado le iría muy bien en aquel momento, pero no era con lógica con lo que estaba pensando—. Mira, no necesitamos el dinero.

Anoche decidí invertir en un fideicomiso para el niño y puedo abrir una cuenta para ti antes de que termine el día...

—No sigas por ahí, Sebastián —lo interrumpió el a—. No ha cambiado nada, ¿verdad?

—No te entiendo.

—¡No quiero que dirijas mi vida! No quiero que me digas lo que tengo o no tengo que hacer.

—Entonces, estás diciendo que ya está... ¿no vamos a intentarlo ni siquiera por el niño?

—Estoy diciendo que, por el niño, tenemos que encontrar una manera de entendernos sin pelearnos todo el día —suspiró Marianna—. Pero no sé si eso es posible.

Entonces, todo eso de «hacer el amor» no era más que hablar por hablar, pensó Sebastián.

—Vas a aceptar ese trabajo en Columbia, ¿verdad?

—No es por el trabajo ni por el maldito dinero —replicó Marianna

—. Estamos hablando de que tú intentas manipularme para que haga las cosas a tu manera. No confías en mí, no crees que pueda solucionar sola cualquier tipo de situación... como lo que acaba de pasar ahora mismo.

—¿Se te ha ocurrido pensar que a lo mejor eres tú quien no confía en mí?

Eso la dejó muda. Ni siquiera se molestó en negarlo, de modo que no confiaba en él. Sebastián metió las manos en los bolsillos del pantalón para controlar su rabia. El no le gritaba a ninguna mujer y menos a una mujer embarazada de la que estaba enamorado.

¿Enamorado?

Sí, la amaba. La había amado desde que eran adolescentes y, sin embargo, siempre acababan en el mismo sitio.

—Yo tenía razón sobre Ross Ward. Durante todo este tiempo ha estado enamorado de ti.

—Sí, claro, tienes razón —dijo el a, con los ojos llenos de lágrimas—. Tú siempre tienes razón y yo no soy más que una sentimental que no sabe cuidar de sí misma, ¿es eso?

—Marianna...

—Nunca te has parado a pensar que ya soy mayorcita. Puedo controlar que un hombre se sienta atraído por mí y mantenerlo a distancia.

—Sí, lo estabas haciendo muy bien cuando entré en el despacho —replicó él, irónico.

Si había querido hacerle daño... bien, lo había conseguido. Marianna se puso pálida.

—Vete de aquí, Sebastián —le dijo, dándose la vuelta, su postura dejando claro que no pensaba seguir hablando con él, que quizá no quería saber nada más de él—. Márchate ahora mismo.

## CAPÍTULO 11

El portazo reverberó en el corazón de Marianna. Incluso en el silencio del despacho, sólo con el tictac del reloj de la pared haciéndole compañía, el ruido de la pelea de Sebastián con su jefe, de su propia pelea después, parecía haber quedado en el aire.

¿Cómo podía haber salido todo tan mal?

Se le encogió el corazón al pensar en la esperanza que había tenido hasta unos minutos antes.

Había creído que porque Sebastián mencionara el nombre de Sophie todo lo demás se colocaría mágicamente en su sitio.

Qué ingenua.

Pero habían tardado mucho tiempo en llegar a ese momento triste y confuso en su relación. Y

el a era tonta por pensar que tantos años de problemas y desacuerdos podrían ser resueltos en unos días.

Pero cómo dolía amar a un hombre tan inmutable como Sebastián Landis.

Marianna se dejó caer en el sofá, exhausta. Estuvo a punto de salir corriendo tras él... pero sólo durante un segundo. No sabía por dónde empezar a arreglar aquello.

Lo único que sabía seguro era que tenía que dejar la empresa. Lo que Sebastián había querido desde el principio.

¿Habría esperado él que eso pasara y por eso se había peleado con Ross? ¿Lo habría provocado?, se preguntó. ¿Podría ser tan manipulador?

Desde luego, había intentado convencerla muchas veces para que dejase de trabajar. De hecho, en cuanto supo que estaba embarazada había empezado a insistir en que se tomara las cosas con calma. Pero odiaba pensar que pudiera ser tan calculador.

Marianna miró alrededor y se despidió mentalmente de esa parte de su vida que, de repente, ya no le parecía tan importante cuando pensó en todo lo que podía perder aquel día. A Sebastián.

La posibilidad de un futuro con él.

Se levantó, resignada, y se dirigió al despacho de Ross.

Pero dejó la puerta abierta.

Su jefe le hizo un gesto mientras se despedía de alguien con quien estaba hablando por teléfono y Marianna aprovechó para mirar su despacho por última vez. Desde la escultura en mármol negro a los cuadros abstractos sobre el sofá, todo en aquel sitio transpiraba estilo; el estilo que le había hecho ganar tantos premios.

¿Qué parte de su éxito tendría que ver con las oportunidades que Ross le había dado con objeto de ganarse su simpatía? Nunca lo sabría

seguro, pero ésa era otra razón por la que ya no podía trabajar con él. Ella merecía conocer su propio talento, probar hasta dónde podía llegar sólo con sus propios méritos.

Ross se levantó del sillón y Marianna vio que tenía una marca morada en la mandíbula.

—¿Qué quieres?

—Te agradezco mucho las oportunidades que me has dado durante estos años y quiero que sepas que siempre he respetado tu talento. Pero no puedo seguir trabajando para ti.

Él se inclinó hacia delante.

—Marianna, por favor, siéntate. Quiero explic...

—No voy a estar aquí tiempo suficiente para sentarme —lo interrumpió el a—. Sólo he venido a decirte que renuncio a mi puesto.

—Te dije que nunca habría intentando nada contigo mientras estuvieras casada y lo decía en serio. Si Sebastián y tú estáis juntos de nuevo... en fin, no me hace ninguna gracia, pero no pienso interferir.

Parecía estar diciendo la verdad y, en ese momento, Marianna sintió una punzada de simpatía por él. Ella sabía bien lo que era querer a alguien y verse rechazado. Pero no podía dejar que eso afectase a su decisión.

Además Ross era, en parte, el causante del caos en que se había convertido su vida. Por no hacerle caso cuando le dijo que parase, por tomarse libertades con el a que el a no le había permitido nunca.

Pero daba igual. Necesitaba cortar con él, pasara lo que pasara con el padre de su hijo.

—Después de lo que ha pasado he decidido que será mejor no seguir trabajando contigo.

Además, Sebastián y yo tenemos que encontrar la manera de entendernos... por el niño.

—¿Eso significa que estáis juntos de nuevo?

¿Lo estaban? La verdad era que no lo sabía. Cómo iban a tener futuro como pareja seguía sin estar claro pero, de repente, Marianna experimentó una sensación de paz mientras libraba valientemente esa batalla.

Se sentía lo bastante fuerte como para defenderse sola, como para tomar decisiones para el a y para su hijo.

—No lo sé, Ross. Pero sí sé que no estoy dispuesta a tener una relación con ningún otro hombre.

Luego se dio la vuelta, con la cabeza bien alta, y entró en su despacho para llamar a un taxi.

Todo iba a salir bien, se decía. Se había ganado el respeto de los clientes con su trabajo y que Ross se hubiera portado como un patán

no cambiaría nada.

Pero después de llamar al taxi, cuando iba a salir del despacho, vio una bolsa blanca sobre su escritorio. ¿Había estado allí todo el tiempo?

El logo azul y rojo resolvió el misterio, la bolsa era de la tienda donde Sebastián le había comprado el chocolate blanco. ¿No había dicho algo sobre el desayuno cuando entró en el despacho?

El día podía haber terminado siendo tan diferente si el a hubiera estado sola en la oficina...

claro que sólo hubieran retrasado lo inevitable. Tarde o temprano habrían acabado teniendo esa confrontación.

Marianna abrió la bolsa para mirar el contenido: un bol o de canela y un tarrito con manteca de cacahuete. Y una tarjeta de Sebastián con una nota escrita al dorso: *Te quiero*.

—Te quiero —murmuró, pasando el dedo por la sencilla frase.

Le parecía como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que usó esa expresión.

¿Estaba intentando disculparse por no habérselo dicho la noche anterior? Claro que tampoco el a lo había dicho...

El significado de esa nota empezaba a pesar sobre su conciencia.

Marianna pensó en otros detalles que había tenido en el pasado y que el a había creído calculadores. ¿Y si quizá, sólo quizá, esos gestos habían nacido del afecto y no de una calculadora manipulación?

Marianna le dio vueltas a esa posibilidad. Sebastián había dicho muchas veces que ser abogado lo hacía tratar con gente engañosa todos los días y eso podía hacer que una persona tuviera dificultad para mostrarse cándida, para confiar en las palabras. Los actos contarían más para él.

Y era lógico pensar que su reservado ex marido hubiera intentado demostrarle su amor con hechos y no con palabras.

No sabía cómo iba a convencer a Sebastián para que le abriera su corazón o cómo iban a solucionar el conflicto en que se había convertido su matrimonio, pero no pensaba dejar de luchar si había una sola oportunidad de seguir juntos.

De modo que salió de la oficina, absolutamente decidida.

Ahora sólo tenía que encontrar la sala en la que estaba Sebastián y presentar su caso de forma convincente para poder vencer a uno de los mejores abogados de Carolina del Sur.

Marianna estaba sentada en los bancos de atrás, animada por su nueva determinación y más por el bol o que se había comido de camino a los Juzgados.

Sebastián se levantó de su asiento, abrochándose la chaqueta. Un

traje gris oscuro que el a misma había elegido una semana antes de que se separasen. Nunca se lo había visto puesto hasta aquel día. La fresca tela de verano destacaba sus anchos hombros incluso mejor de lo que el a había esperado; el pelo corto le llegaba hasta el cuello de la camisa, haciéndole recordar lo sedoso que era.

Pero no pareció fijarse en el a mientras se acercaba al estrado para interrogar al testigo.

Marianna sabía que era un caso de maltrato. Sebastián defendía a una madre y a su hijo contra un padre abusivo.

Al ver a los clientes, la pareció indudable que había aceptado el caso *pro bono*, es decir sin cobrar minuta. Y viendo el brillo de esperanza en los ojos de la joven madre, Marianna lo admiró por ello.

Sebastián se dirigió al testigo, un hombre corpulento que lo miraba con cara de pocos amigos, manteniendo la calma y la concentración. Una y otra vez lo retaba con preguntas de las que el hombre no sabía cómo escapar, cada una de sus titubeantes respuestas reforzando la impresión que Sebastián quería dar de él.

Marianna se quedó atónita viéndolo en acción. Saber que era uno de los mejores abogados de Carolina del Sur no la había preparado para el impacto de verlo en un tribunal. Ponía ti alma para luchar por aquel niño que no podía defenderse a sí mismo.

Marianna se echó hacia delante, la poderosa voz de Sebastián llenando la sala. En un golpe de inspiración, se dio cuenta de que no había estado ignorando sus sentimientos en absoluto. Estaba desahogando su frustración por haber perdido a Sophie mientras defendía a aquel niño.

Claro que seguramente ponía la misma convicción para defender a todos sus clientes. Se había convertido en la clase de abogado que siempre había dicho que quería ser cuando entonces sólo era un sueño.

¿Era tan raro que quisiera algo de paz cuando volvía a casa?

Esa nueva comprensión de la personalidad de su marido la hizo pensar que quizá podría asistir a los juicios de vez en cuando, ser parte de su mundo en lugar de esperar que él fuera parte del suyo.

No se había equivocado al pensar que haría falta tiempo para que confiasen el uno en el otro.

Pero ahora, viendo al hombre del que se había enamorado nueve años antes, estaba dispuesta a hacer lo que tuviese que hacer, durante el tiempo que fuera necesario.

Sebastián supo que Marianna había entrado en la sala.

Incluso de espaldas, experimentó aquel a sensación que le decía que el a estaba cerca. No había perdido la concentración, pero estaba



contando los minutos hasta que pudiesen parar para comer.

El reloj marcaba exactamente la una cuando el juez levantó la maza para pedir un receso. Y

Sebastián se tomó un momento para hablar con su cliente antes de dirigirse hacia el a.

¿Querría retomar la discusión que habían dejado a medias en su despacho? Sí, reconocía haber perdido los nervios con Ward, pero no estaba seguro de que hubiera podido hacer las cosas de otra manera. En su opinión, sólo estaba protegiendo a su mujer y a su hijo.

Se detuvo al llegar a su lado, pensando que aunque hubiera tenido razón sobre Ward, Marianna estaría disgustada. Y aunque se sentía justificado, quizá podría haberle ofrecido algún... consuelo.

Casi podía ver a su madre regañándolo por no cuidar mejor de Marianna. O de su familia.

Y entonces el a sonrió. Y Sebastián supo que, lo mereciera o no, le estaba dando una nueva oportunidad. Una que él pensaba usar para sacar el mayor provecho posible.

—Sebastián... encuentra un armario o una sala vacía —le dijo en voz baja.

No tuvo que decírselo dos veces. Aunque el matrimonio con una mujer tan belicosa fuera un reto, siempre le había gustado esa parte de el a. Marianna nunca rechazaba una pelea, pero tampoco se echaba atrás cuando quería eso.

Sebastián la tomó del brazo para llevarla a la sala donde la había llevado el día que se desmayó.

Una vez dentro, el a lo empujó contra la puerta, buscando sus labios antes de que él pudiera decir nada. Claro que no pensaba discutir con un saludo que era mucho mejor que cualquier palabra.

Sólo que la puerta no tuviera llave impidió que la tumbase en el sofá. Aquel a mujer llevaba nueve años haciéndolo perder la cabeza. Ningún problema entre ellos, por difícil de resolver que fuera, había logrado cambiar eso.

—Me he despedido de Southern Designs.

—¿Por lo que ha pasado esta mañana? —preguntó él.

—Debería haberme dado cuenta de que Ross estaba interesado en mí—murmuró Marianna—.

Pero lo he dejado porque era lo que debía hacer. Ross se ha pasado de la raya y la relación con él sería muy incómoda a partir de ahora.

—¿Y qué piensas hacer?

—Espero que no vayas a ofrecerte a ingresar dinero en mi cuenta otra vez —Marianna levantó una ceja.

Sebastián se quedó callado un momento, sopesando cuál sería la

mejor respuesta. Pero incluso los mejores abogados reconocían la oportunidad para un acuerdo. Ella había hecho una concesión dejando la empresa de Ward y era hora de que él respondiera en especie. Tenerla en su vida era demasiado importante como para volver a meter la pata.

—¿Qué tal si lleno la nevera con cosas que tientes a tu paladar?

—Gracias —su sonrisa fue la mejor recompensa.

Él tomó su cara entre las manos.

—Siento haber hecho una escena en tu oficina.

Él siempre había respetado su trabajo, admirando cómo convertía en bello todo lo que tocaba.

Y no había querido hacérselo pasar mal. Más calmado ahora, sinceramente esperaba no haber comprometido su vida profesional.

Pero Marianna estaba mirándolo muy seria...

—¿Pasa algo?

—¿Te das cuenta de que ésta es la primera vez que me pides disculpas?

¿De qué estaba hablando?

—No puede ser. He hecho las paces contigo más veces de las que puedo recordar.

—Sí, me doy cuenta ahora de que lo has intentado muchas veces. Pero debo decirle, abogado, que a veces ayuda escuchar esas sencillas palabras.

—Sí, tienes razón.

Marianna necesitaba escuchar esas palabras cuando eran algo más que una simple disculpa, cuando eran un símbolo de amor.

Tenía que escucharlas.

—Te quiero, Marianna.

Él redactaba alegatos todos los días. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de que nunca los había hecho sobre lo que más le importaba?

—No sólo porque eres la madre de mis hijos... Sophie y los que tengamos o podamos adoptar a partir de este momento. Te quiero porque me vuelves loco y me retas a ser mejor persona... y Dios sabe que tengo fama en los tribunales por disfrutar de un buen reto.

Pero como también era un hombre de acción, Sebastián cimentó esa declaración con otro beso.

Marianna se apoyó en él, las suaves curvas de su cuerpo aplastándose contra su torso. El deseo de hacer el amor, de sel ar aquel compromiso, lo quemaba. Pero eso era algo que pensaba hacer en cuanto volvieran a casa.

Marianna dio un paso atrás y levantó una pierna para mostrarle sus preciosos zapatos de color rosa. Y el cuerpo de Sebastián se tensó

con la familiar sacudida del deseo.

Con un desafiante golpe de melena, él a lo miró a los ojos con total honestidad y convicción.

—Te quiero, Sebastián Landis. Adoro tu cuerpo cuando acaricia el mío. Adoro tu mente brillante cuando reta a la mía. Adoro tu alma de chocolate blanco cuando toca la mía. Te quiero, de manera incondicional, para siempre.

Sebastián sintió que esa declaración de amor alejaba los últimos vestigios de la vieja pesadilla.

—¿Dónde crees que vamos a partir de ahora?

Marianna se mordió los labios.

—Me gustaría que nos tomásemos un tiempo para redescubrirnos el uno al otro.

En lugar de criticarlo porque no había sabido darle suficiente durante todos esos años, su mujer anunciaba su deseo de darle tiempo, todo el tiempo del mundo.

Y él estaba tan conmovido que tuvo que bromear.

—Ah, quieres una cita.

—La verdad es que nos saltamos esa parte hace nueve años.

El suyo había sido un viaje rápido al altar. ¿Se habría sentido insegura durante todos esos años?

Pues eso era algo que, definitivamente, tenía que solucionar. Porque sabía, sin la menor duda, que se hubiera casado con aquel a mujer fascinante estuviera embarazada o no.

Sebastián pasó los dedos por su cara.

—¿Qué tal si empezamos a hacerlo en cuanto salga de aquí? Tengo una mujer muy especial a la que invitar a cenar.

Los ojos castaños de Marianna brillaron, traviosos.

—Afortunadamente para ti, acabo de comprarme un par de zapatos nuevos para nuestra primera cita.

## EPÍLOGO

*8 meses y medio después...*

Marianna siempre estaba encantada de ponerse un par de zapatos nuevos. Y, gracias al evento de aquel día, había tenido la mejor de las excusas para ir de compras.

La finca de los Landis estaba llena de gente aquel día. Había pétalos de rosa flotando en la piscina, el sol de la tarde creando prismas de color sobre el agua mientras la familia y los amigos disfrutaban de un cóctel.

Sonriendo, miró hacia abajo. Llevaba unas sandalias de color crema, de Chanel, que habían despertado más de una mirada ardiente por parte de Sebastián. El vestido de seda color marfil envolvía sus nuevas curvas, acariciando sus rodillas con cada paso.

Aquellos meses con Sebastián no habían sido siempre fáciles, pero el tiempo que pasaron conociéndose de nuevo había sido la mejor inversión que ninguno de los dos había hecho nunca.

Sin duda, Sebastián siempre sería un hombre adusto, pero el a ya no dudaba de su habilidad para hacerle frente y ganar más de un asalto. Había aprendido a apoyarse un poco más en la lógica y él había aprendido a escuchar a su corazón cuando tenía que hacerlo.

La fiesta de aquel día, sin embargo, no tenía nada que ver con ellos, sino con otra persona.

Esa tarde celebraban el bautizo de Edward Sebastián Landis, un niño sano que pesó más de tres kilos al nacer y que ahora, con seis semanas, era como un muñeco.

Marianna se detuvo para mirar a su hijo, durmiendo en los brazos de su orgullosa abuela. No se cansaba de mirarlo.

Entonces sintió una mano en la cintura y ni siquiera tuvo que mirar por encima del hombro.

Conocía ese tacto íntimamente.

Sebastián la apoyó contra su pecho.

—Mi madre y tú sabéis cómo organizar una fiesta.

Su aliento la acariciaba, el sonido de su voz enviando un escalofrío de deseo por todo su cuerpo. No habían tocado el tema del matrimonio, pero agradecía que le diese el tiempo que necesitaba para solucionar sus problemas antes de dar el «sí, quiero» otra vez.

Marianna inclinó a un lado la cabeza. Las duras facciones de su marido, que podían ser tan formidables en el Juzgado, mostraban una innegable felicidad.

—También hay que felicitarte a ti.

—¿A mí?

—Te has preocupado del menú por primera vez desde que te

conozco.

—No sabía que darte una lista de golosinas de nuestra tienda favorita fuera aportar algo —rió Sebastián.

—A mí me ha parecido un gesto dulce y muy sentimental.

—¿Dulce? —riendo, él le dio la vuelta para mirarla a los ojos—, Marianna, no se lo cuentes a mis hermanos. Me harían sufrir mucho en el campo de golf.

Eso era algo que hacía más a menudo ahora, jugar al golf y pasar tiempo con su familia. Incluso juraba que ese tiempo de descanso lo hacía más efectivo en el trabajo.

Marianna pasó la punta del dedo índice por sus labios, la brisa del mar llevándoles el dulce olor de las rosas.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Los dos habían hecho ciertos ajustes en su vida profesional. Su decisión de dejar de trabajar con Ross había desencadenado una creatividad que no hubiera soñado nunca. Después de tomar en consideración varias ofertas de trabajo, Marianna había decidido abrir su propia empresa de decoración.

E inspirada por Sebastián, cuya estabilidad económica le permitía aceptar clientes que nunca hubieran podido pagar su minuta, su nueva empresa se tomaba interés en proyectos de menor envergadura.

La semana anterior, por ejemplo, había terminado los planos para la casa de una pareja que acababa de tener cuatrillizos y, por lo tanto, no estaban muy sobrados de fondos.

Le había resultado divertido organizar el espacio para que esos niños tuvieran el mayor sitio posible para jugar, dejando zonas para que los padres pudieran estar solos.

Marianna había descubierto lo importante que era cuidar una relación de pareja y no darla por sentado sin hacer el menor esfuerzo.

Sebastián cortó una rosa y la pasó por su mejilla antes de colocarla detrás de su oreja.

—He estado pensando que quizá podríamos convencer a mi madre para que organice otra fiesta.

Los Landis tenían mucho que celebrar últimamente. Matthew había conseguido su asiento en el Senado; Ashley y él estaban casados y vivían entre Washington y su casa de Carolina del Sur. Su madre era una dinamo en su puesto de Secretaria de Estado. Ella y el general salían en las noticias regularmente como una de las parejas más importantes de Estados Unidos.

Y Kyle estaba sano y salvo.

—¿Qué clase de fiesta? —preguntó Marianna, pasando las manos por las solapas de su chaqueta y pensando que esa mañana apenas

habían tenido tiempo para vestirse... con el colchón tentándolos después de seis semanas de abstinencia.

—Una fiesta de compromiso —contestó Sebastián, sacando una cajita del bolsillo.

—El momento perfecto —sonrió el a, contenta.

Y lo era, perfecto de verdad. Tan diferente a la primera vez que pidió su mano...

Habían tenido muchas oportunidades de alejarse el uno del otro para siempre, pero aquel matrimonio estaría basado en un amor demasiado profundo como para negárselo. Demasiado especial como para volver a arruinarlo.

Sebastián la apretó contra su pecho, los latidos de su corazón anunciando lo importante que era aquello para él a pesar de su aparente calma. Marianna respiró el familiar aroma de su colonia, mezclada con el talco de Edward.

—Marianna, ¿quieres casarte conmigo... otra vez? —Sebastián abrió la cajita para revelar un diamante en forma de pera al lado de una alianza... su alianza.

—Este habría sido nuestro décimo año...

Habían recorrido un largo camino desde que se conocieron; dos adolescentes casándose por un embarazo inesperado.

Marianna dejó escapar unas lágrimas que no tenían nada que ver con las hormonas esta vez y sí con la enorme felicidad que llenaba su corazón.

—Me gusta mezclar lo viejo con lo nuevo, así que es perfecto. Sí, me casaré contigo, Sebastián Landis.

Él secó sus lágrimas con el dorso de la mano y luego le puso el diamante en el dedo, esperando la alianza que pondría al lado el día de su boda.

Luego cerró su mano sobre la de el a, tan fuerte y tan firme como el propio hombre que era.

—No vamos a casarnos porque estés embarazada, aunque no me quejaría en absoluto si tuviéramos otro niño... cuando tú digas.

Marianna pensó en la fotografía que habían puesto sobre la chimenea: una fotografía de Sophie que su madre biológica les había enviado. No habría ningún contacto entre ellos y, después de ocho meses, Marianna temía confundir a la niña de todas formas. Siempre habría un sitio en su corazón para el a y la echaría de menos todos los días, pero había visto felicidad en los ojos de Sophie... los ojos de una niña querida.

—¿Y si no hubiera más hijos?

Sebastián era un padre maravilloso y paciente que paseaba con

Edward en brazos por las noches hasta que el niño se quedaba dormido. Él apartó un mechón de pelo de su cara.

—No me importaría. Pero te quiero a ti en mi vida, eso es lo más importante.

—Qué maravillosa coincidencia. Porque ahí es precisamente donde yo quiero estar —sonrió Marianna.

Sebastián le pasó un brazo por los hombros, metiendo un dedo travieso bajo la tira del vestido.

—¿Qué tal si recuperamos al niño y volvemos a casa con Buddy y Holly?

—Tenemos mucho que celebrar —el a metió la mano bajo la chaqueta, el fibroso cuerpo masculino tentándola a explorarlo sin las barreras de la ropa. Un placer que disfrutaría durante el resto de su vida—. De hecho, yo estaba pensando que nos merecemos una celebración privada.

Los ojos de Sebastián brillaban con la promesa de besos largos y apasionados cuando estuvieran solos.

—¿Quién tiene que dar de comer a quién desnudo esta vez?

—Eso depende de quién se desnude primero —rió Marianna.

**FIN**